



una mujer perseguida

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

UNA MUJER PERSEGUIDA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 436

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 24.390 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1970

© KEITH LUGER, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1181 — Cinco salvajes.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1034 — Muerte de una mujer seductora.

En Colección BÚFALO:

880 — La tarde tiene color de sangre.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

597 — Tres hombres sin piedad.

En Colección BRAVO OESTE:

405 — Una rubia con zarpas.

En Colección PUNTO ROJO:

432 — Los hombres de la cuarta dimensión.

En Colección CALIFORNIA:

724 — Más terca que una mula.

En Colección ASES DEL OESTE:

575 — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

34 — Un revólver peligroso.

CAPÍTULO PRIMERO

La nota que encontré sobre mi mesa decía así:

«Querido jefe: Como no me ha pagado todavía la mensualidad y cuando llegue me dirá que no tiene un cochino dólar, y encima me tratará de sacar dos dólares para gasolina y yo no tengo ni para almorzar, me voy al negocio de mi primo Jim, que, como sabe, es prendero, a ver si logro sacarle un préstamo de diez dólares para su maldita gasolina y para mi raquíptico almuerzo. Una sugerencia, querido jefe. ¿Por qué no deja la maldita profesión de investigador privado y se mete, por ejemplo, a guardia de la circulación? Su ingenua y tonta secretaria».

A continuación estaba la firma de Paula.

Ésa era ella.

Me gusta la grafología. Por la letra yo podía adivinar que Paula media uno setenta, tenía una cara bellísima y unos ojos negros como el alquitrán, una boca de labios rojos y unos senos pronunciados, insultantes, sobre todo cuando me desafiaba, y me desafiaba muchas veces.

La forma de las eles me indicaba que tenía unas piernas muy esbeltas. Y por los puntitos que ponía sobre las eles me señalaba con claridad sus deseos de ahorcarme en la primera ocasión que se le presentase, porque denotaban mucha energía.

He tenido muchas secretarias, pero nunca he tenido una gata como secretaria. Pero lo increíble era que continuase conmigo porque yo soy un tipo poco recomendable. Me gusta el *whisky*, me gustan todas las mujeres, me gusta el póquer y me gusta pegar duro a los hijos de perra que tratan de aprovecharse del prójimo. Bueno,

esto no lo digo como inmodestia. Es la pura verdad.

Y en cuanto a lo de no tener dinero, a veces tengo mucho dinero porque me hago pagar caro, pero soy un tipo que no sabe contar. Siempre me suspendieron en aritmética y cuando tengo una manada de pavos, se me escapan por todos los agujeros. Paula dice que tengo tantos como una regadera. Y por eso la pobre, cuando llega el final de mes, tiene que echar mano a su primo Jim, el de la prendería, que es un tacaño como la copa de un pino, aunque Paula le hace cuatro zalamerías y logra sacarle algún dólar.

Me busqué los bolsillos y logré sacar una moneda de cinco centavos. No, no me llegaba para gasolina. Paula me conocía bien.

Y además de cinco centavos tenía otra cosa. Una jaqueca, porque el día anterior había estado con una rubia, una bailarina que había sido contratada para una gira por Europa, y la chica me quería mucho y la despedida se prolongó tanto que me dieron las cinco de la mañana en su apartamento.

Busqué una aspirina, pero el tubo estaba vacío.

No, no teníamos ni eso.

Entonces cerré los ojos y me eché en el respaldo del sillón.

Oí pasos. Debía ser Paula.

—¡Aspirinas! ¡Cómprame aspirinas! —grité.

La puerta se abrió, pero aquella mujer no me podía comprar aspirinas porque no era Paula.

Era la primera vez que la había visto en mi vida. Tenía el cabello rojizo y era esbelta, con un cuerpo como a mí me gusta que tengan las pelirrojas, y con cara de diablesa, ojos rasgados, y boca grande, de labios sensuales.

—¿Señor Morris?

—Sí, Alan Morris.

—Soy Verónica Clifford. Necesito que me ayude.

—¿Ayudarla a qué?

—Me quieren matar, señor Morris.

—¿Su marido?

—No estoy casada, señor Morris.

Lo del marido lo había sugerido porque era muy atractiva y pensé que, si estaba casada, su marido se subiría por las paredes cada vez que ella se pusiese un vestido de noche.

—Siéntese, señorita Clifford, y dígame quién la quiere matar.

Se dirigió hacia el sillón y en ese momento se abrió otra vez la puerta y entraron dos hombres.

Verónica volvió la cabeza y al ver a los dos tipos soltó un gritito.

Yo también lo habría soltado de ser mujer porque eran muy feos. El más alto tenía una cara llena de arrugas, como si lo hubiesen hecho con una máquina de fabricar queso de Gruyere. Y el otro parecía recién puesto por una gallina, quiero decir que tenía la cabeza como un huevo. Pero de ninguno de los dos me podía fiar porque, dejando aparte su físico, tenían un aspecto de matar niños el día de Navidad, para pasar el rato antes de dar los regalos, que daba miedo.

—Eh, ustedes, ¿quiénes son?

—A callar, cegato —rezongó Queso Gruyere.

—¿Qué es lo que dijo que soy?

—Tú estás mal de la vista, muchacho.

—¿Ah, sí?

—Tú no ves nada. Nadie entró aquí. Tú estabas sentado dando una cabezada y todavía no despertaste.

—De modo que yo estaba en el sillón y no entró aquí la señorita Clifford.

—Yo no veo ninguna señorita Clifford. ¿Ves tú alguna, Ted?

El Huevo llamado Ted miró a un lado y a otro, hacia las paredes, y dijo:

—No, Tom, yo no veo a ninguna mujer.

Miré a Verónica. Estaba pálida.

—Señorita Clifford, ¿quiénes son este par de payasos?

Queso Gruyere soltó una risa por media raja de la boca.

—Sabueso, que se la gana.

—Oiga, Ted.

—No soy Ted. Soy Tom.

—De acuerdo, Tom. Ésta es una oficina privada y yo soy un ciudadano que contribuye con sus impuestos al mantenimiento del orden. Y pago el alquiler de esta oficina cuando puedo. Con todo ello quiero decirles, que no les invité a venir y que ya se están largando.

Queso Gruyere miró a su compañero.

—Ted, ¿oíste un moscardón?

—Sí, lo oí.

—Pues saca el cazamoscas.

Y sacó el cazamoscas. Era una pistola que le hubiese servido para cazar elefantes en la India. Pero no estábamos en la India, sino en Los Ángeles y yo no me parezco en nada a un elefante, salvo en la trompa, quiero decir que tengo una nariz un poco grande, aunque a ellas les gusta porque dicen que me parezco a Julio César, aquel tipo romano que lo cosieron a cuchilladas porque quiso convertirse en el mandamás y que tuvo amores con Cleopatra.

Perdonen que interrumpa mi lección de historia. Pero el asunto estaba que ardía porque el hocico de la pistola me estaba apuntando a mi cara, y yo soy demasiado guapo para dejarme agujerear.

—Eh, muchachos —dije—, todo era una pura broma.

—Levántate, moscardón —me dijo el Huevo.

Ya saben lo que le pasa a uno cuando le están apuntando con una pistola para cazar elefantes. Se tiene que levantar. Pero yo lo hice en la forma que a mí me convenía, tirando el puño izquierdo contra el Huevo.

Palabra que sonó a cascajo y esperé ver salir la yema y la clara. Eso fue demasiado tonto por mi parte porque perdí tres segundos y, perder tres segundos con aquella clase de tipos era perder la pelea.

Queso Gruyere demostró que también había venido de safari porque sacó su pistola con la rapidez de un rayo. Y cuando yo empecé a tirarle el puño derecho, él me atizó con el cañón en el cráneo.

Empecé a caerme y vi a Verónica con los ojos muy abiertos, llenos de terror, y entonces me acordé de lo que ella me había dicho, que necesitaba mi ayuda para impedir que la matasen. Y me maldije porque yo no había sabido cumplir con mi obligación.

Y ya no pensé nada más porque una nube esponjosa me acogió blandamente y me transportó a un lugar en donde tres mujeres con muy poca ropa tocaban y otras seis, también con muy poca ropa, formaban un coro que cantaban una canción cuya letra decía: «Aquí vienen los detectives tontos que se dejan machacar».

Yo me levanté y corrí detrás de una de aquellas chicas, pero ella también empezó a correr, alejándose de mí, y, aunque traté de atraparla, no pude conseguirlo.

Caí otra vez en la honda nube y otra de aquellas chicas empezó

a abofetearme la cara.

Y entonces desperté.

Pero quien me abofeteaba la cara era Paula.

—¿Qué le pasó jefe? ¿Se desmayó de hambre?

No pude contestarle porque estaba demasiado débil.

—Alégrese, jefe.

Me enseñó un fajo de billetes y agregó:

—Logré sacarle diez pavos a mi primo Jim. Tiene dos machacantes para gasolina pero no me pida más.

—Necesitaré otros dos para farmacia, Paula. ¿No te tropezaste con ellos?

—¿Se refiere a acreedores?

—Eran peores.

—¿Hay gente peor?

—Paula, no estaba en el suelo porque me golpeó un acreedor. Fueron Queso Gruyere y el Huevo.

—¿Quiénes?

—Dos tipejos indeseables que matan por diez dólares a la hora.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Jefe, ¿se metió en una partida de póquer y perdió con algún *gangster*? Ya le he advertido muchas veces que deje los naipes.

Me dejé caer en el sillón y me toqué la cabeza. Pegué un chillido. Queso Gruyere me había dejado un buen recuerdo. Un chichón.

—Paula, una mujer llamada Verónica Clifford vino aquí diciendo que la querían matar.

—¿Quién la quería matar?

—No tuve tiempo para informarme de eso. Luego aparecieron los dos matones y acabaron la entrevista.

—¿Quiere que le haga una confesión, jefe?

—Suéltela.

—Creí que estaba ebrio. Otra vez le ha ocurrido. Apesta a *whisky*.

—Sólo bebí un par de tragos antes de llegar a la oficina.

—Entonces fue eso.

—¿Qué cosa fue?

—Que los tragos le sentaron mal porque le pilló con el estómago

vacío.

—Paula, quedas despedida.

—¡Por fin llegó la hora de mi liberación!

—Préstame los dos dólares.

—¡Y un cuerno! No le presto nada.

—Quedas readmitida.

—Ah, no, eso sí que no. Me voy en busca de otro trabajo.

—¿Dónde vas a encontrar un trabajo mejor que éste?

—Jefe, ¿no ha oído que todo empleado debe recibir su sueldo?

—Paula, me decepcionas. Eres una materialista.

—¿Y qué es usted? En cuanto una se descuida, ya está mirando las caderas, las pantorrillas o cualquier otra cosa.

Miré su rostro para variar.

—Paula, ¿es que no me oíste bien lo que te dije? Hay una mujer en peligro.

—¿Cuál mujer?

—La que vino aquí. Verónica Clifford. Es una mujer perseguida y nosotros debemos ayudarla.

—Muy bien. ¿Dónde está?

—En alguna parte.

—Si es verdad lo que contó, le diré una cosa, jefe. Esa chica ya ha dejado de pasar apuros.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Paula podía tener razón. Y en ese caso, Verónica Clifford nunca sería mi cliente.

Oí que Paula decía:

—Pero sigo pensando en que aquí no vino ninguna Verónica Clifford.

Así son de testarudas las mujeres.

En aquel momento sonó el teléfono.

Le hice una señal a Paula para que cogiese la llamada.

—Oficina de Alan Morris, investigador privado —dijo mi secretaria por el micro.

Le contestaron algo y me miró con ojos de asombro. Le susurré:

—Dile al recaudador de impuestos que me fui a Alaska.

—No es el recaudador de impuestos.

—¿Quién es?

—Es un hombre que dice llamarse Norman Baker. Pregunta por Verónica Clifford.

—Dame eso.

Olvidé mi chichón y mis dolores de cabeza.

—¿Señor Baker? —Ladré por el micro.

Debí asustarlo porque su voz sonó débil.

—Sí, soy Norman Baker. ¿Y usted?

—Alan Morris en persona. ¿Por qué preguntó por Verónica Clifford?

—Porque pensé que estaría en su oficina.

Decidí tenderle una celada.

—¿Por qué aquí, señor Baker?

—Aconsejé a Verónica que le encargase a usted su asunto.

—¿Y por qué le aconsejó mi nombre, señor Baker?

—Porque somos vecinos.

—¿Usted y yo?

—Sí, señor Morris. Usted tiene su oficina en la quinta planta. Yo soy dentista y tengo mi gabinete dos plantas más arriba.

—¿Llama usted desde su consulta, señor Baker?

—Sí.

—Voy para allá, señor Baker. No se mueva. De pronto me dio un dolor de muelas.

Colgué y eché a correr, pero antes de salir abrí la puerta y dije:

—Paula, no me pidas perdón, pero harías bien en aumentar tu fe en mí.

CAPÍTULO II

Una enfermera rubia platino estaba tranquilizando a un hombre que tenía un flemón de caballo.

—No se preocupe, señor Harris. Todo irá bien.

—Soy Alan Morris —la interrumpí—. El doctor me está esperando.

El del flemón exclamó:

—Yo estoy primero que usted.

—Muy bien, entre y que le arranque la dentadura de cuajo.

Sus ojos reflejaron un gran terror.

—Bueno, esperaré un poco. Pase usted, señor Morris.

—Gracias.

La rubia platino puso una cara que quería decir: «Pero qué fresco es usted, señor Morris». Y yo le contesté con otro gesto que quería decir: «Uno hace lo que puede, monada. ¿Cuándo me da una cita?».

Pero ella no debió entender la última parte de mi gesto porque dijo:

—Primera puerta a la derecha.

Y en la puerta estaba el nombre del doctor.

Norman Baker era un hombre de unos treinta y cinco años.

—¿Alan Morris?

—Sí, doctor Baker.

Rodeó la mesa y me estrechó la mano.

—Espero que haya aceptado el encargo de Verónica.

—Desde luego.

—Me alegro mucho. Vi a Verónica muy preocupada.

—¿Qué le contó ella del asunto?

—Nada.

—¿Nada?

—¿Le extraña eso? Yo quise ser su confidente. Le hice preguntas

pero no recibí respuestas.

—Doctor, usted acaba de hacer polvo mis esperanzas.

—¿A qué se refiere?

Le conté lo que había pasado en mi oficina desde que entró Verónica Clifford.

El doctor me escuchó atentamente y, cuando hubo terminado, se rascó detrás de una oreja.

—Ahora comprendo las palabras de Verónica. Ella me dijo que necesitaba protección o la matarían.

—¿Quiénes la iban a matar?

—Traté de sonsacarle pero no lo conseguí.

—Empecemos por el principio, doctor. ¿Qué clase de relación tiene usted con Verónica?

—La conocí hace tres meses en Alvarado, ese pueblecito de la costa yendo hacia San Francisco. Yo me detuve a tomar un baño en la playa. Y allí estaba ella, bronceándose al sol. Verónica es una chica muy sugestiva, de modo que me tendí en la arena, a su lado, y traté de pegar la hebra con ella. Pensé que me echaría a cajas destempladas, pero no fue así y empezamos a hablar. Tomamos un baño juntos y luego la invité a comer. Le dije que trabajaba aquí como dentista y hablamos de muchas cosas. Tonterías, ya sabe. Yo pensé que sería una chica fácil y que haría plan con ella. ¿Usted me entiende?

—Sí, le entiendo.

—Pues asómbrese. No pasó nada.

—¿Ah, no?

—Se portó conmigo simplemente como una buena camarada.

—Pero usted trató de...

—Claro, señor Morris. No tengo inhibiciones, me gustan las mujeres bonitas y Verónica lo es.

—Y no consiguió nada de nada.

—Me llevó a bailar a una discoteca.

—¿Cómo se llama esa discoteca?

—La Tormenta.

—¿En Alvarado?

—Sí, todo pasó en Alvarado.

—¿Y qué pasó en La Tormenta? ¿Se desencadenó?

—No, señor Morris, ya le he dicho que todo fue como un día de

primavera. En un momento determinado, ella miró el reloj y dijo: «Caramba, qué tarde se ha hecho». Y me tendió la mano y me dijo: «Celebro haberte conocido, Norman. Hasta la vista».

—¿Y usted que hizo?

—Pues estrecharle la mano y quedarme de una pieza. Tuve que pagar y, cuando salí de la discoteca para seguir a Verónica, ya había desaparecido.

—¿Cuándo la volvió a ver?

—Esta mañana.

—¿No había vuelto a tener noticias de ella?

—No.

—¿Y qué pasó esta mañana?

—Mi enfermera me anunció la visita de Verónica y, como la recordé al instante, la hice pasar... Entonces me dijo lo que ya sabe.

—Que necesitaba protección o la matarían.

—Sí. Y le aseguro que me impresionó. Traté de indagar, pero ella me dijo que no me contaría nada porque me podía comprometer. Entonces, yo me acordé de usted y le dije que en este mismo edificio había un investigador privado, y que quizá usted la podía ayudar. Verónica vaciló unos instantes y por fin dijo: «Está bien. Iré a ver a ese investigador». Acordamos que, cuando terminase su entrevista con usted, ella vendría a verme. Pero como pasó el tiempo y no venía, me decidí a llamarle a usted.

—Entiendo. Me he quedado sin cliente y usted se ha quedado sin amiga.

—¿Cree usted que...?

—Esos dos matones no reparten pastelillos de crema. Se lo aseguro, señor Baker.

—¿Cree que debemos llamar a la policía?

—No, señor Baker.

—¿Por qué?

—Podríamos complicar las cosas todavía más para Verónica. No sabemos siquiera de qué asunto se trata. Y en mi profesión nunca se debe dar un paso a ciegas. Es lo que haríamos si llamáramos a la policía.

—¿Quiere insinuar que Verónica podría estar secuestrada?

—Hay que admitirlo como posible.

—¿Qué va a hacer entonces, señor Morris?

—Iré a Alvarado.

—Es una buena idea.

—Pero Verónica no llegó a contratarme.

—¿Se refiere a sus honorarios?

—Sí, señor Baker. Lamento decirlo, pero no me encuentro en la época boyante de mi vida.

Yo habría ido a Alvarado aunque hubiese tenido que robar la gasolina, pero prefería hacerlo con dinero.

—¿Cuánto son sus honorarios? —preguntó Baker.

—Cincuenta dólares diarios.

—Trato hecho.

—Más los gastos.

No le gustó aquello de los gastos y arrugó la nariz.

—Está bien, pero no gaste mucho. ¿Le parecen bien doscientos adelantados?

—Resistiré lo que pueda.

Me dio los doscientos pavos en una sola manada de cuatro billetes y, como estaban calentitos, me dije que el doctor había sacado ya unas cuantas muelas aquella mañana.

—Téngame al corriente, señor Morris.

—Le telefonearé en cuanto tenga algo que decirle.

Me dio su teléfono particular.

Nos estrechamos otra vez la mano y yo salí de allí.

El tipo del flemón dio un salto y corrió hacia mi preguntándome:

—¿Le dolió?

Me puse la mano en la boca y dije:

—El doctor Baker tiene manos de brujo. Ni lo noté.

Le dirigí una sonrisa a la rubia platino y regresé a mí oficina. Paula se estaba manicurando las uñas.

—Tenemos un cliente —dije—. El dentista.

—Estupendo. A cobrar se ha dicho.

—Calma tus ímpetus, Paula. Sólo te daré un adelanto del atraso.

Se conformó y me quedé sin cincuenta dólares.

Después de contarle mi conversación con el doctor Baker, me despedí.

—Cuida del corral, Paula.

—Jefe, ¿no cree que se está metiendo en un lío?

—Es lo mío.

—Pero esos dos fulanos lo matarán la próxima vez.

—Lo sé, Paula, y por eso no puedo permitir que haya próxima vez.

Quince minutos más tarde, estaba viajando en mi coche hacia Alvarado.

Hacía un día espléndido, con un cielo azul y un sol radiante.

Llegué a Alvarado poco después del mediodía.

En la playa había muchos bañistas.

Baker me había dicho dónde estaba la discoteca La Tormenta, pero a aquellas horas no estaba abierta al público. Sin embargo, vi la puerta entornada y a un hombre que salía con una caja de botellas vacías.

—Hola —le dije.

El tipo dejó la caja de botellas sobre otras que estaban en el bordillo de la acera.

—Busco información —le dije mientras me observaba.

—No está el dueño.

—Usted me podría servir.

—¿Por qué lo cree?

—Estoy buscando a una chica. Se llama Verónica Clifford.

El tipo se pasó la mano por la mejilla, pero no dijo nada.

—Tiene veintitrés o veinticuatro años —agregué—, ojos verdosos, buen tipo.

—La conozco.

—Qué bueno. Hábleme de ella.

—Tengo muy mala memoria.

Le enseñé un billete de cinco dólares.

—Vive en el edificio Terranova —dijo después de coger el billete y alisarlo entre sus dedos.

—No soy de aquí. ¿Dónde está el edificio Terranova?

—Al final de la playa. Es el más alto —me indicó el camino que tenía que seguir.

—De acuerdo, muchacho. ¿Qué más me puede decir?

—Ella viene alguna vez por aquí. Unas veces acompañada, otras veces a solas.

—¿Y qué hace?

—Baila.

—¿Sólo eso?

—Mire, amigo, no sé a qué se dedica esa chica pero parece que su *hobby* sean los hombres. Quiero decir que, cuando se ha dejado caer por la discoteca, ha traído a un tipo distinto.

—¿Cuándo fue la última vez que vino ella?

—¿La última vez? —Se quedó pensativo—. Bueno, ahora que recuerdo, ya hace bastantes días que esa pelirroja no nos visita.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quiere por cinco dólares?

—Oh, sí, la vida está cara.

—Para todos, amigo, para todos.

Le dije adiós con la mano y volví a mi coche.

El edificio Terranova estaba donde él había dicho, al final de la playa, y era más alto, con una gran diferencia sobre los demás.

Había un jardín con césped, con muchas flores y algunas palmeras. El vestíbulo era grande, con un portero que llevaba uniforme de almirante.

—Soy Alan Morris. La señorita Clifford me citó para discutir un seguro sobre su coche. Pero perdí su dirección.

—Quinta planta, apartamento H.

Subí en el ascensor hasta la quinta planta y oprimí el timbre de la puerta correspondiente al apartamento H.

Esperé como treinta segundos y luego se abrió la puerta. Y allí estaba ella, la misma chica que se había presentado aquella mañana en mi oficina diciendo: «Me quieren matar, señor Morris».

CAPÍTULO III

—Hola, Verónica —sonreí.

La joven parpadeó.

—¿Nos conocemos?

—¿Cómo ha dicho?

—He preguntado si nos conocemos.

—Oiga, Verónica, espero que esté de broma.

—Terminemos de una vez. ¿Qué es lo que vende?

—No vendo nada y usted lo sabe.

—Perdone, pero no estoy para perder el tiempo.

Fue a cerrar la puerta pero se lo impidió introduciendo el pie.

—¿Qué es lo que pretende?

—Señorita Clifford, soy Alan Morris, el investigador privado que usted visitó esta mañana en busca de ayuda.

—Señor Morris, debe estar confundido. Yo no lo he visto a usted en mi vida y no necesito ayuda de nadie.

—¿Qué me dice de Norman Baker?

—¿De quién?

—De Norman Baker. Ande, dígame que, tampoco lo conoce.

Empujé la puerta y ella retrocedió tambaleándose.

—¡Señor Morris, salga de aquí!

—Saldré en cuanto usted y yo hayamos aclarado unos puntos.

—¡No tenemos nada que aclarar!

El *living* era espacioso y bien amueblado.

—¿Quién le paga esto, Verónica?

—Es usted demasiado atrevido, señor Morris. ¡Salga o llamo a la policía!

—Estupendo, llame a la policía. ¿O prefiere que lo haga yo por usted?

El teléfono estaba sobre una mesita. Eché a andar.

—¿Qué va a hacer, señor Morris? ¡Estese quieto!

Verónica cerró la puerta y vino hacia mí. Sus ojos brillaron airados. Cruzó los brazos bajo los senos.

—De acuerdo, señor Morris. Aclararemos los puntos. —Esto está mejor.

—Fui a su oficina esta mañana.

—Gracias por reconocerlo.

—Pero cambié de opinión.

—¿Por qué?

—Porque ya no lo necesito.

Me eché a reír mientras me sentaba en un sillón y cruzaba las piernas.

—¡No lo invité a que se sentase! —Casi gritó Verónica.

Saqué un cigarrillo y lo prendí con mi encendedor de gas.

—La querían matar, señorita Clifford.

—Fue una tontería.

—De modo que imaginó que la querían matar.

—Sí, eso fue, imaginaciones.

—Está muerta, de miedo. Tom y Ted se salieron con la suya. Ese par de payasos la amenazaron si soltaba la lengua y usted decidió ser una buena chica, volver a su apartamento de Alvarado y cerrar la boca.

—Señor Morris, dígame cuánto le debo.

—¿Por qué?

—Por haberle hecho perder su tiempo.

—Ya me pagan por eso.

—¿Qué le pagan? ¿Quién?

—Su amigo, el dentista.

—Oh, no, Baker no puede hacer eso.

—Puede hacerlo. Me contrató para que la encontrase a usted.

—Entonces eso termina el caso —señaló el teléfono—. Llame al señor Baker y dígame que me ha encontrado y que estoy bien.

—¿Así de fácil?

—Sí, señor Morris. Así de fácil, porque no hay nada que investigar.

Ella tenía razón en parte. Era la protagonista de aquel extraño suceso. Había venido a mí oficina para que yo la protegiese de una persona que la quería matar. Y ahora ella decía que se encontraba perfectamente y eso podía ver yo con mis propios ojos porque no

mostraba la menor huella de haber recibido un golpe de aquel par de payasos. Y yo no podía decir lo mismo porque tenía un chichón.

—Verónica, las cosas pueden cambiar.

—¿A qué se refiere?

—Usted sabe algo con respecto a una persona y esa persona contrató a los dos matones para que la asustasen y, al parecer, hicieron su trabajo muy bien.

—No continúe, señor Morris.

—Acabaré enseguida.

—Hágalo cuanto antes.

—Admito que usted está decepcionada con respecto a mí. Tom y Ted trabajaron aprisa y me dejaron fuera de combate. Yo era la persona que debía protegerla y usted llegó a la conclusión de que había elegido mal y de que era preferible obedecer a la persona que teme.

—¿Ya hizo el resumen del caso?

—Suponga que la persona a quién teme cambia de opinión. Es lo que quiero meterle en la cabeza. Suponga que en un momento determinado, decide que usted es un peligro que no puede correr. Entonces, de la misma forma que contrató a Tom y a Ted para que la asustasen, puede contratar a esos mismos o a otros para que la eliminen.

—Es un buen narrador de historias de terror.

—No, Verónica, no soy un fabulista. Esas cosas ocurren en nuestro país con demasiada frecuencia. Me atrevería a decir que ocurren todos los días. El asesinato por encargo es ya cosa corriente. Existe una buena organización a ese respecto.

—Señor Morris, tengo que rogarle que abandone mi apartamento.

Me puse en pie.

—Me voy a marchar pero debo decirle que está desaprovechando su oportunidad de escapar de la trampa en que se metió.

—No estoy metida en ninguna trampa.

—Como quiera. La veré en la Morgue.

Vi cómo palidecía y eché a andar hacia la puerta, esperando que ella me detuviese, pero eso no llegó a ocurrir. Abrí y volví la cabeza.

—Dígame al menos el nombre de la persona a la que teme.

—No existe esa persona.

—Si cambia de opinión, estaré alojado en el hotel Alvarado.

Lo había visto al pasar. Estaba como a doscientos metros del edificio Terranova.

Ella no dijo nada y yo agregué:

—Sólo pasaré una noche en Alvarado, señorita Clifford. Pero si tengo algo que hacer por usted, no se demore.

—Le voy a dar un consejo. No se aloje en ningún hotel. Vuelva a Los Ángeles.

—Su consejo no me sirve. Ya sabe dónde encontrarme. Pero me marcharé mañana a primera hora, si para entonces usted no ha establecido contacto conmigo.

—Perderá su tiempo.

—Lo paga el señor Baker.

Salí y cerré la puerta.

El portero con uniforme de almirante, estaba en su sitio. Le pasé por delante de los ojos un billete de a cinco dólares.

—¿Quién es el hombre que paga el apartamento de la señorita Clifford?

Miró al billete y me miró a mí, y por fin cogió el billete.

—El alquiler va a nombre de la señorita Clifford.

—¿Y a quién recibe en su apartamento?

—A nadie, que yo sepa.

—Papaíto, si recuerda algo, estaré en el hotel Alvarado. Mi nombre es Alan Morris.

—Lo tendré en cuenta.

—Se ganará otros cinco machacantes.

Fui al hotel Alvarado. Tenía un hermoso jardín, un hermoso *hall* y una hermosa recepcionista. Pero ella estaba ocupada y a mí me recibió un calvo muy feo.

Me dio una habitación con vista al mar por siete dólares y estuve a punto de aconsejarle que asaltasen enmascarados. Pero cuando vi la habitación, valió la pena porque tenía una hermosa terraza desde la que se divisaban muchas millas de mar azul y, sobre todo, porque al lado había otra terraza en donde tomaba el sol una morena con bikini y era una morena que uno podía estar viendo sin cansancio durante tres horas.

—Hola —la saludé.

Ella se cubría con gafas oscuras y estaba tendida sobre una toalla, boca arriba, y tenía al lado un vasito con un líquido oscuro y una pajita.

Se incorporó un poco y me miró por encima de las gafas.

—Quítese de ahí o le echo el perro.

—Soy muy amigo de los perros. ¿Quiere que pase a conocerlo?

—«Dick» —llamó.

Oí pasos y apareció «Dick», que era un perrazo de San Bernardo de un par de toneladas. Abrió la boca y me enseñó una dentadura que habría hecho las delicias del doctor Baker.

—Bien pensado, prefiero los gatos —dije y me aparté de la terraza.

Decidí tomar una ducha.

Estaba recibiendo el agua sobre mi cabeza cuando oí que se abría la puerta.

No me dieron tiempo a salir del baño.

Por entre las cortinillas de plástico vi aparecer a los dos muchachos. A Tom y a Ted. Se me quedaron mirando y Ted dijo señalándome:

—¿Qué te parece, Tom? Hay tipos que son capaces de las mayores inmoralidades. Se ducha sin nada.

Allí estaban los dos matones que me habían dejado fuera de combate. Y aposté conmigo mismo a que esta vez venían decididos a darme más jarabe de palo, o quizá fuese una bala.

CAPÍTULO IV

Sonreí a mis visitantes.

—Pero qué pequeño es el mundo, ¿eh, muchachos?

—Sí —asintió Tom—. Como un pañuelo.

Ted sacudió la cabeza.

—Y en un pañuelo van a recoger tus trozos, Morris.

—No se pongan así, muchachos. Todavía no saben por qué estoy aquí. Yo estaba en Los Ángeles sudando y me dije: «Alan, ¿por qué no te vas a Alvarado a tomarte una ducha?».

Ninguno de los dos rió. Carecían del sentido del humor.

—Sal de ahí —dijo Ted.

Eso era lo que yo quería. Salir de allí. Cerré el agua que me caía por la cabeza.

—Con permiso —dije y salté del baño, atrapé una toalla y me la puse alrededor de la cintura.

—Ya estás más presentable —dijo Ted.

—Es de buena educación recibir como se merecen a dos amigos como vosotros.

—No somos tus amigos, Morris.

—¿Quién dice que no? Pero si ya nos conocemos.

—Sí, nos conocimos esta mañana y debiste sacar las conclusiones. Pero tú eres un tipo que se las da de duro. No te sirvió de nada el cachiporrazo.

—Todavía me duele.

—Te va a doler más.

—Eh, chicos, no quiero jaleos.

—Si no querías jaleo, debiste quedarte en tu madriguera y no venir a molestar a la señorita Clifford.

—¿Quién os habló de eso?

—Un pajarito.

Ted metió la mano en el bolsillo y sacó una manopla de acero,

uno de esos objetos que sirven para romper dientes, narices y hasta costillas.

—Morris —me dijo—, te vamos a dar un repaso. Sólo eso. Un repaso. Y cuando recuperes el sentido, te meterás en el coche y te largarás otra vez a Los Ángeles. Y cuando llegues a tu oficina, borrarás de tu mente el nombre de Alvarado. ¿Hablo bien?

—Yo diría que está dicho todo, a no ser por un detalle.

—¿Cuál detalle?

—Si me pegáis demasiado fuerte, no voy a poder conducir. De modo que os ofrezco un trato. Me largaré de aquí sin necesidad del repaso —le señalé los nudillos de acero.

—No, amigo, no hay trato.

—¿Por qué no, hombre? Todos tenemos que vivir.

—Éste fue tu problema.

—Y ya he dado una solución.

—Pero no nos gusta.

Tom metió la mano en el bolsillo. Aposté a que también iba a sacar nudillos de acero O una cachiporra, y era demasiada ferretería para que yo la pudiese soportar. Le propiné un derechazo en el hígado y empezó a derrumbarse.

—Bastardo —dijo Ted y me tiró los nudillos de acero a la cara.

Pero yo estaba cayendo sobre él y, antes de que me tocara, le metí el puño en la boca.

Cayó hacia atrás mascullando algo que no entendí. Tom empezó a incorporarse y le pegué un patadón en el vientre. Entonces ocurrió lo peor. Yo tenía los pies mojados y resbalé en el piso y caí hacia Tom. Me pegó un cabezazo en el pecho y me alejó de él.

Tom se decidió por la ferretería cara, por una pistola. Le pegué otra patada en la muñeca. La pistola se fue hacia lo alto y la atrapé al vuelo antes de caer en tierra.

Los dos tipos se quedaron quietos al verme con la pistola en la mano.

—Hola, amiguitos —les sonreí.

Los dos estaban con la boca abierta.

—No dispaes, Morris —dijo Tom.

—Dime una razón para que no lo haga, hijo de perra.

—Nosotros no te habríamos despachado. No es lo nuestro.

—Oh, no, vosotros sois un par de monjes que vais haciendo

obras de caridad a domicilio.

Tom se frotó las manos.

—Oye, Morris, mi amigo y yo nos marcharemos. Y se acabó.

—¿Crees que soy idiota?

—Palabra que no insistiremos.

—¿Quién os paga?

—No hace falta que lo sepas.

—Quiero una respuesta rápida o empiezo a pegar balazos en los remos.

Arqueeé el dedo en el gatillo para demostrarles que no estaba fanfarroneando.

Tom le hizo una señal a Ted.

—Díselo.

—Está bien, Morris. Nuestro patrón es Harry Collins.

—No lo conozco.

—Se dedica a la compra-venta de automóviles, en la Avenida de Los Romeros, de Alvarado.

—¿Qué tiene que ver con Verónica?

—No lo sabemos.

—Cuando tengo una pistola en la mano y no me contestan como yo quiero, me pongo nervioso.

—Juro que no lo sabemos. Harry Collins sólo nos dijo que amenazásemos a Verónica Clifford y que apartásemos del asunto a cualquier otra persona que se metiese.

—¿Cuánto os pagó?

—Doscientos a cada uno.

—¿Quién os dijo que yo estaba aquí?

—Harry Collins.

—¿Y quién se lo dijo a Harry Collins?

—No lo sabemos.

—Sabéis muy pocas cosas.

—Oye, Morris, cada uno se gana la vida de una forma y lo nuestro es asustar y no hacer preguntas, ¿verdad, Tom?

Su compañero sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Ted —dije— saca la pistola, pero hazlo con cuidado o te hago saltar los sesos.

Sacó la pistola con dos dedos.

—Arrójala a la bañera —le ordené.

La arrojó a la bañera y me miró con tristeza.

—De espaldas, muchachos.

Pusieron una cara muy triste, pero giraron como yo les había dicho.

Pegué a Tom con fuerza en la nuca y Ted empezó a revolverse, pero le aticé también antes de que pudiese hacer algo y se desplomó como una res apuntillada.

Los dos estaban fuera de combate como había estado yo en mi oficina y me dediqué a atar y amordazar a los dos fulanos.

Cuando los dejé convertidos en paquetes, todavía no habían recuperado el conocimiento.

Después de vestirme, entré otra vez en el cuarto de baño para hacer mi peinado.

Tom ya había abierto los ojos y soltó gruñidos.

—A callar, muchachos. Quiero conocer a Collins. Si os portáis bien, volveré para soltaros las amarras.

Salí del apartamento y fui en mi auto a la Avenida de Los Romeros.

El negocio de Collins contaba con un gran espacio destinado a la exposición de coches.

Un muchacho rubio estaba tratando de convencer a un cliente de que lo mejor para él era una furgoneta de dos años atrás.

Al fondo había una oficina y hacia allí me dirigí.

Vi por los cristales a una muchacha que estaba tecleando en una máquina y al fondo a un tipo gordo, en mangas de camisa, que fumaba un grueso cigarro.

Entré en la oficina y pregunté.

—¿Señor Collins?

La chica fue a contestar pero se lo impidió el hombre del cigarro.

—Soy yo.

Continuaba con el cigarro en la boca cuando me acerqué a él y, de la primera bofetada, le mandé el cigarro a la pared de enfrente.

Collins se puso rojo.

—¿Está loco?

La empleada se había quedado inmóvil observándonos.

—¿Quiere hacerla salir, Collins? —Gruñí—. ¿O prefiere que ella conozca sus trapos sucios?

—Salga, señorita Malvin.

—Sí, señor Collins.

La joven salió de la oficina y entonces apunté a Collins con el dedo.

—Acabo de dejar a sus matones.

—No sé de qué me habla.

Le solté otra bofetada que sonó como un cohete.

Collins abrió rápidamente un cajón. Di la vuelta y pegué un rodillazo al cajón que presionó la mano de Collins, el cual soltó un alarido.

—¡Mi mano...! ¡Me la está partiendo!

—Se la acabaré de partir si no canta pronto.

—Fue Doris Connors. Vive en Los Ángeles.

—La dirección completa.

—Sunset Boulevard, 2333.

—¿Quién es Doris Connors?

—Tiene un negocio de decoración. Trabaja para los del cine y para los particulares que quieren gastarse mucho dinero.

—¿Casada?

—No.

—¿Qué tiene que ver ella con Verónica Clifford?

—No lo sé.

—Estoy cansado de oír esa respuesta, Collins. Sus matones no sabían nada y usted tampoco sabe nada.

—Sólo quise hacer un favor a la señorita Connors. Me dijo que atemorizase a Verónica Clifford.

—¿Y por qué tenía que atemorizarla?

—Supongo que porque Verónica sabe algo de Doris Connors y ella no quiere que se difunda.

—Así que lo supone.

—Sí, Morris, sólo lo supongo.

—¿Qué clase de amistad tiene usted con Doris Connors?

—Somos amigos.

Abrí el cajón y él retiró la mano. Atrapé la pistola que había dentro.

—¿Qué iba a hacer, Collins? ¿Asustarme también como sus matones?

—Usted no se anduvo por las ramas. Empezó a pegarme delante

de mi secretaria.

Quité el cargador de la pistola, lo guardé en el bolsillo y arrojé el arma al cesto de los papeles.

Luego solté otra bofetada a Collins. Lo tomé por el cabello y por el cuello y tiré de él violentamente sacándolo del sillón y le golpeé la cara contra la mesa. Recibió un golpe seco y se puso un poco bizco. Sobre la mesa había un vaso de agua, se la eché sobre la cara y tosió como si se ahogase.

—¿Me oyes, Collins?

—Sí.

—No quiero más matones. No quiero que vuelvan a amenazar a Verónica Clifford.

—De acuerdo.

—Ahora va a llamar a Doris Connors.

—¿Para qué?

—Yo hablaré con ella.

—Está bien.

Lo dejé libre, descolgó el auricular y marcó un número.

—¿Eres tú, Doris? Aquí Harry Collins.

Le quité el receptor de un tirón.

—¿Señorita Connors?

—¿Quién es usted?

—Alan Morris, el investigador privado al que acudió Verónica Clifford en busca de protección porque alguien la quería matar.

Oí una risa alegre.

—¿Es un nuevo juego, señor Morris?

—Usted lo inventó. Se buscó a su amigo Harry Collins para amenazar a Verónica Clifford y él contrató a un par de matones. Y entre todos consiguieron que la chica cerrase el pico.

—Señor Morris, ¿está usted ebrio?

—No, señorita Connors. No lo estoy y déjeme que le diga esto. Si Verónica Clifford muere, yo sabré quién pagó al asesino.

—Señor Morris, ve demasiada televisión.

—Debió decir algo más original, señorita Connors. Esa frase sólo se encuentra ya en los malos libretos.

—¿Quién es usted para hablarme así?

—Ya se lo he dicho. El tipo al que Verónica pidió ayuda.

—Señor Morris, no le he admitido nada de lo que ha dicho.

—No me importa eso porque lo admitió su cómplice el señor Collins.

—Nunca encargué ningún trabajo al señor Collins.

—Puede decir lo que quiera, señorita Connors. Pero ya está avisada.

Colgué con fuerza el receptor.

Collins se había sentado otra vez en el sillón y me miraba como un náufrago recién pescado del mar.

—Ha cometido un error, señor Morris.

Le solté otra bofetada y esta vez ni siquiera protestó.

—Collins, si a Verónica le pasa algo usted quedará incluido en mi lote especial de ajuste de cuentas. Métselo en la cabeza antes de que usted cometa su error.

Salí de allí y encontré a la empleada en la puerta.

—Ya puede entrar, señorita Malvin. Su jefe necesita un par de aspirinas.

Me metí en el auto y lo hice correr hasta el edificio Terranova.

El almirante me hizo un saludo.

—¿Otra vez aquí, señor Morris?

—Tengo interés en llegar a un acuerdo con la señorita Clifford con respecto al seguro de su coche.

Subí de nuevo en la jaula y oprimí el timbre.

Pasó un minuto y esta vez la puerta no se abrió.

Apreté otra vez el botón y ahora pasaron dos minutos.

Traté de abrir desde fuera pero no conseguí nada. Entonces me decidí por el camino efectivo. Llevo siempre en el bolsillo un juego de llaves falsas, poca cosa, una verdadera filigrana en cuestión de llaves falsas que me regaló Jim *Golpemaduro* un revientapisos sensacional. Éramos amigos porque yo lo había trabajado mucho durante su vida como ladrón profesional y también pasó alguna temporada en la cárcel, y de pronto se hizo rico porque acertó una quiniela en los caballos. Éramos amigos porque yo lo haba mandado a la cárcel la última vez y me porté bien con él, de modo que Jim *Golpe maduro*, al retirarse de la profesión, me regaló su precioso instrumental.

Entré en el apartamento de Verónica y cerré a mis espaldas.

El *living* estaba vacío.

—Verónica —la llamé.

Nadie me contestó.

Me deslicé por un corredor. A la izquierda estaba el cuarto de baño. Tampoco vi a nadie.

La puerta de enfrente estaba entreabierta. Era un dormitorio. Verónica estaba allí, junto a la cama. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo.

La habían degollado.

CAPÍTULO V

Eso habían hecho con ella. Un hijo de perra la había pegado una cuchillada en el cuello. La herida era grande y por ella había salido mucha sangre, quizá toda la que podía contener su cuerpo. La sangre había sido embebida por la moqueta sobre la que Verónica descansaba y era una mancha que se extendía mucho, en casi tres metros.

Me incliné sobre Verónica y la toqué. Estaba fría como el hielo. Podía estar muerta desde hacía una hora, y eso quería decir que la habían matado muy poco tiempo después de que yo me marchase de allí para alojarme en el hotel Alvarado.

Al fondo, junto a un gran ventanal, había una máquina de escribir con un folio metido en el carro. Fui allí y lo leí. El folio estaba numerado. Tenía el número 34. Sólo estaba escrito por la mitad y formaba parte de una novela. En la pared había una repisa y sobre ella muchas novelas de tipo popular. Leí algunos títulos: *Muerte al amanecer*; *El asesino oculto del lago*; *Vacaciones para un asesino* y otros más. El autor de todas aquellas novelas era Ross Coleman. Miré a Verónica. ¿Por qué ella no se lo había dicho ni siquiera a Baker? Sí, estaba claro. Verónica Clifford era Ross Coleman. Yo había leído un par de novelas suyas, te hacía bien y me iba por la cabeza que le habían adaptado varias novelas al cine.

El editor de Ross Coleman era Ediciones de California, S.A., con domicilio social en la Avenida Fray Junípero Serna, 234, en Los Ángeles.

Busqué en el armario de la habitación. Encontré varios bolsos, algunos de ellos vacíos y en otros los objetos que suelen usar las mujeres.

Nada tenía que hacer allí. Si me quedaba, corría el peligro de que la policía me atrapase. Los policías de pueblos pequeños como Alvarado se ponen a veces pesados porque los investigadores

privados de la capital no tenemos buena prensa con ellos y cuando nos descuidamos, ya están queriendo ponernos en apuros.

Miré a Verónica una vez más. No había confiado en mí, y quizá por eso estaba muerta.

¿O era yo quien había provocado su muerte al meterme en el asunto?

Esa idea me llenó de rabia. Salí del apartamento y bajé en el ascensor.

El almirante me sonrió.

—¿Ya firmó el seguro?

—Casi, papáito.

—Para que no me siga llamando papáito, soy Mike Janssen.

—Mike, ¿quién visitó a la señorita Clifford después que yo me fui?

—¿Visitarla? Nadie.

—¿Por qué está tan seguro?

—Ninguna persona preguntó por ella, excepto usted.

—Pero en este edificio hay muchos apartamentos.

—Setenta.

—Y en esos setenta apartamentos habrá personas conocidas de Verónica.

—No me meto en esas cosas.

—Es lógico que Verónica tenga amistad con algunos de sus vecinos.

—Ya le he dicho que yo no me meto en eso.

Saqué otro billete de a cinco dólares. A este paso me iba a quedar pronto sin dinero.

—Mike, es importante que yo sepa más cosas de Verónica Clifford.

—No le comprendo. Usted dijo que era agente de seguros.

—Verónica está muerta.

—¿Qué?

—La asesinaron.

Mike hizo un gesto estúpido.

—¿¡Me está embromando, señor Morris!?

—No, Mike. A Verónica Clifford la degollaron.

—¿Llamó a la policía?

—No.

—Yo me ocuparé de eso.

Fue a retirarse pero lo tomé del brazo.

—Mike, yo no puedo quedarme.

—Tiene que quedarse.

—He de trabajar en otra parte.

—Si se ha cometido un crimen, usted debe responder a las preguntas de la policía.

—Soy investigador privado, Mike.

—Entonces, me engañó.

—La señorita Clifford estaba siendo amenazada. Le habían dicho que podía morir y es justamente lo que ha ocurrido. Ahora va a contestar a mis preguntas —le metí los cinco dólares en el bolsillo superior del uniforme.

—Que yo sepa, la señorita Clifford sólo tenía amistad con Spencer Lewis.

—¿Quién es Spencer Lewis?

—Vive en la misma planta, en el apartamento F. Es instructor de natación del club La Gaviota.

—¿Está ahora en su apartamento?

—No, pasa todo el día en el club.

—¿Dónde está el club La Gaviota?

—Al otro lado de la playa.

—¿Qué otra persona gozaba de las simpatías de Verónica?

—Oiga, señor Morris, no me meto en la vida de la demás y por eso no tengo complicaciones. Es lo único que le puedo decir con respecto a Verónica Clifford.

—Está bien, Mike.

—¿Por qué no se queda?

—Porque no tengo nada que decir a la policía, excepto lo que le dije a usted. Y debo trabajar para ganarme el pan.

Mientras hacía correr el coche hacia el club La Gaviota, pensé que tendría que darme mucha prisa ante de que los policías locales se me echasen encima.

La Gaviota era un club de lujo, para gente con dinero. Ocupaba mucho terreno y todo bien aprovechado, con jardín, piscinas y un pequeño puerto para balandros junto al mar.

Algunos viejos se doraban al sol como lagartos y las jóvenes lucían sus encantos con bikinis.

En una de las piscinas vi a un tipo alto, una especie de Tarzán, que le estaba diciendo a una joven como debía mover los brazos. La chica era un bombón.

Me puse al lado del Tarzán.

—¿Spencer Lewis?

Me miró como a un escarabajo porque me sacaba dos palmos.

—Sí, ¿qué pasa?

—Soy amigo de Verónica Clifford.

—Perdone, pero no puedo atenderle ahora.

Yo estaba mirando a la joven que deseaba aprender a nadar. Estaba sobre una colchoneta, boca abajo, moviendo los brazos como le había aconsejado el instructor.

—Le veré dentro de una hora, señor...

—Morris. Alan Morris, pero hablará conmigo ahora porque lo de Verónica no puede esperar. A ella la asesinaron.

Había dejado de prestarme atención para seguir instruyendo al bombón de la colchoneta y ahora me miró de la misma forma que Mike.

—¿Asesinada?

—Con un cuchillo. ¿Qué tal maneja el cuchillo, Spencer?

—¿De qué me está hablando?

—Usted era bastante amigo de Verónica.

—Sí, lo era, y por eso nunca discutimos. ¿Qué quiere dar a entender, señor Morris?

—¿Estuvo toda la mañana aquí?

—Sí, toda la mañana.

—Pasemos a otro punto. ¿No le contó Verónica sus problemas?

—¿Qué problemas?

—La habían amenazado de muerte.

—No sabía nada.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Anoche. Entré en su apartamento unos instantes para tomar un café con ella.

—¿Cuánto tiempo estuvo con Verónica?

—Una media hora.

—¿De qué hablaron?

—De mi trabajo y del suyo.

—¿Qué le dijo Verónica con respecto a lo que ella estaba

haciendo?

—Escribía novelas policíacas populares.

—Ya lo sé.

—Me habló de las dificultades del género. Ya sabe, se comete un crimen y hay que buscar como culpable a la persona de la que no sospeche el lector y también se refirió a que, en algunas circunstancias, hay que introducir en la novela muchos sospechosos para que el lector no sepa a qué atenerse.

—¿No le habló concretamente de algún tema en especial?

—No. Puso la televisión. Estaban dando un telefilm. Un episodio de *Cimarrón*, un serial del Oeste, y apenas hablamos. Yo estaba muy cansado, de modo que no esperé a que terminase el telefilm y me marché.

—¿A quién temía Verónica?

—Ella no me dijo que temiese a ninguna persona.

—Es extraño.

—¿Por qué extraño?

—Verónica viajó hoy a Los Ángeles. Esta mañana se presentó en mi oficina pidiéndome ayuda porque alguien la quería matar.

Le conté lo que había pasado con los matones y por qué Verónica había acudido precisamente a mí y le nombré al dentista, Norman Baker, al tipo de la compra-venta de automóviles, Harry Collins, y, por último, a Doris Connors. Me contestó que no conocía a ninguna de esas personas y que Verónica nunca se había referido a ellas.

—Siento no poder serle útil —dijo.

La joven de la colchoneta nos interrumpió.

—¿Lo hago bien, señor Lewis?

—Muy bien, señorita Hamilton. Continúe así.

—Pero ya me cansé de este ejercicio. ¿Por qué no me enseña otro?

—Lo siento, señor Morris, pero he de seguir mis lecciones.

Le di una de mis tarjetas.

—Si recuerda alguna cosa, llámeme.

Regresé a mi auto. Encendí un cigarrillo sin poner en marcha el motor. No me interesaba regresar al hotel ni tampoco me podía entretener con Harry Collins. Tenía el nombre de la persona que los había puesto en marcha a todos ellos, Doris Connors, y ella no

estaba en Alvarado, sino en Los Ángeles.

El negocio de Doris Connors estaba instalado con lujo y se veía a las claras que era para clientes con mucho poder adquisitivo.

Vi un gran *hall* decorado como si fuese un cubículo del siglo XXI, esferas con muchos agujeros que colgaban del techo, fabricadas en plástico. Las esferas se movían hacia arriba y hacia abajo y eso daba a todo el conjunto un aspecto inquietante. Pero lo más inquietante eran las tres jóvenes que trabajaban al fondo. Tenían esferas más interesantes que las de plástico.

De modo que me fui hacia las esferas del fondo.

Las tres muchachas trabajaban con absoluta dedicación.

—Hola —saludé.

Las tres me miraron y una de ellas se levantó.

Lucía una minifalda sensacional rematada en ondas y resultaba mucho más sugestivo que la línea recta.

—He venido a hablar con la señorita Connors. Soy Alan Morris.

—¿Es viajante, señor Morris?

—No.

—¿A qué firma representa, señor Morris?

—A Alan Morris.

Enarcó las cejitas e hizo un mohín.

—Debe dedicarse a la publicidad. Su turno es el sábado, señor Morris.

—Mi turno es hoy, *cherie*.

Se lo dije en francés porque uno domina varias lenguas.

—No soy *cherie*. Soy Magda Stiller.

—Entonces avise a su patrona.

—Nos lo tiene prohibido.

—Le apuesto una cita a que recibe a Alan Morris.

Magda titubeó unos instantes y por fin se dirigió hacia su mesa y movió la clavija del interfono.

—Señorita Connors, aquí hay un hombre llamado Alan Morris. Quiere verla.

De la otra parte no llegó ninguna voz y Magda me miró con una sonrisa victoriosa.

Entonces llegó la respuesta de la otra parte.

—Hágalo pasar, Magda.

Le guiñé un ojo a Magda.

—¿Cuándo es la cita?

—Se lo diré mañana. He de consultar mi dietario.

Me precedió en el camino hacia una puerta.

Ella abrió la puerta y pasé al interior de un despacho tan grande como un campo de *rugby*.

Sobre la mesa se podría haber rodado la huida de los judíos de Egipto guiados por Moisés.

Y delante de la mesa vi una mujer con un rostro bellísimo que usaba lentes.

Avancé sobre la mesa como si fuese a marcar un gol.

—Soy Doris Connors y usted es un estúpido.

—Escuche lo que le va a decir el estúpido —me incliné sobre la mesa, pero todavía había cuatro metros de distancia entre ella y yo —. Verónica Clifford fue asesinada y usted está metida en el lío más grande de su vida.

CAPÍTULO VI

Los lentes de la señorita Connors bajaron unas pulgadas y pude ver sus ojos. Eran rasgados y verdes. Se puso en pie de un salto. Estaba muy bien proporcionada. Por arriba y por el medio. No le podía ver las extremidades de momento.

Lucía una camisa a cuadros y una falda de color gris y olía a perfume caro.

—¿Verónica... muerta? —tartamudeó.

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Usted la mandó matar.

—No, señor Morris.

—La policía ya está en marcha y, si usted no acaba en la cámara de gas, yo me hago modelo.

—Pues vaya eligiendo su casa de modas.

—Lo tengo todo. Mi informe será bien recibido por la policía. Usted habló con Harry Collins para que le metiese el miedo en el cuerpo a Verónica y el señor Collins se encargó de contratar a dos matones, a Ted y a Tom, y ellos cumplieron la misión que les había sido encomendada.

—Y ahí acaba su historia.

—No, señorita Connors. Yo me ocupé del asunto y usted perdió los estribos.

—Yo no perdí nada.

—No soy tan estúpido como usted piensa. Para mí el caso terminó. No necesito que me haga una confesión. Los policías se encargarán del resto. Buenos días, señorita Connors.

Me dirigí hacia la puerta.

—Espere, señor Morris.

Había rodeado la mesa y estaba detenida al borde de ella y de esa forma me podía enseñar las piernas. También lucía una

minifalda con aquella terminación en ondas, y sus piernas eran las más sensacionales que yo había visto en muchos meses.

—Dije que ya terminé con usted, Doris, pero si quiere seguir insultándome le concederé un minuto más.

—Yo no mandé que la matasen.

Di un bostezo y me llevé la mano a la boca.

—Me aburre, Doris.

—¡No sea grosero!

—Oh, sí —le sonreí—, yo soy un grosero porque me dedico a investigar los asesinatos que cometen otras personas.

—¿Quiere dejar de decir tonterías, señor Morris? Admito que mi situación es muy delicada.

—Qué gran sacrificio ha debido hacer para ser tan razonable.

—¡Pero no soy una asesina!

—Si ya acabó de disculparse, me retiro.

—Quiero contratarlo a usted, señor Morris.

—¿Eh?

—Lo oyó bien. Quiero contratarlo.

—Quiere contratarme para que silencie todo lo que descubrí con respecto a usted y Verónica Clifford.

—Sólo pretendo que identifique a la persona que mató a Verónica.

—¿Por qué buscarla si la tengo delante?

Sus senos se agitaron y sus ojos se llenaron de ira.

—¡No la maté, señor Morris!... ¡No la maté!... ¡Yo sólo quería asustarla!

—¿Para qué?

—Para que dejase en paz a James Anderson.

—¿James Anderson? ¿Quién es James Anderson?

—Un guionista cinematográfico. Estoy enamorada de él...

—¿Qué tenía que ver Verónica con James Anderson?

—Ella quería prenderlo en sus redes. Para ella todos los hombres eran iguales. Siento hablar así de una muerta, pero era una coqueta que se divertía con unos y otros. Estaba destruyendo a James Anderson y yo decidí que no lo consentiría. Hablé personalmente con Verónica hace tres días y le dije que dejase en paz a James Anderson y se rió de mí. Me dijo que haría con James lo que quisiese.

—¿Dónde habló con ella?

—Fui a su apartamento del edificio Terranova, en Alvarado.

—¿Cómo terminó su entrevista?

—Le dije a Verónica que estaba dispuesta a todo para impedir que hiciese daño a James.

—¿A todo?

—Sí.

—Eso incluía la muerte.

—Ya sabe cómo habla una persona en ciertas circunstancias, y Verónica se estaba riendo de mí. Se comportó odiosamente. Dijo que si James la prefería a ella era porque tenía más encantos que yo. Entonces la amenacé. Le dije que echaría mano a otra clase de recursos. Desde su apartamento fui al negocio de Harry Éramos amigos. Le conté mi problema y Collins me dijo que no me preocupase. Que él conseguiría que Verónica no viese más a James Anderson.

—Y entonces Collins puso en marcha a los matones.

—Sí, pero yo no dije a Collins que la matase. Collins me comprendió bien. Por añadidura, telefoneé a Verónica anoche.

—¿Para qué?

—Para advertirla de que le podían pasar cosas muy malas si no dejaba en paz a James Anderson.

—¿Qué le contó Verónica?

—Nada. Me colgó después de escuchar mi advertencia.

En aquel momento se oyó el zumbido del interfono.

Doris movió la clavija.

—Señorita Connors, perdone que la interrumpa, pero aquí hay unos caballeros.

—No estoy para nadie.

—Son policías. Quieren verla. Y dicen que es urgente.

El bello rostro de Doris perdió el color. Me miró como si esperase que yo fuese un mago que pudiese transportar a aquellos policías a la Patagonia. Pero, como yo no tenía varita mágica, no podía hacer nada.

Doris habló por el interfono:

—Que pasen.

—¿No tiene otra puerta, Doris? —pregunté.

—¿Para qué?

—Para escapar.

—No, no la tengo.

Se abrió la misma puerta por la que yo había entrado y entraron los policías. Conocía a uno de ellos. Era el teniente Fred Besser, de la Brigada de Los Ángeles, que iba acompañado por un tipo rechoncho de ojos pequeños y nariz chata.

El teniente me miró con un gesto de pocos amigos.

—Morris, esta vez llegó demasiado lejos.

El hombre de los ojos pequeños soltó una risita.

—Déjelo de mi cuenta, teniente. Yo le haré renunciar a su licencia.

—¿Quién es teniente?

—Mark Purdom, capitán de la policía de Alvarado.

—Quédese ahí, Morris —ordenó el capitán Purdom, y se encaminó hacia la mesa junto a la que se encontraba la dueña de aquel negocio.

—¿Es usted Doris Connors?

—Sí.

—La detengo en nombre de la ley.

Yo pregunté:

—¿Cuál es el cargo, capitán?

—Usted ya lo sabe.

—Dígaselo a ella. Es su derecho.

—Señorita Connors, la detengo como sospechosa del homicidio de Verónica Clifford.

Doris seguía pálida y no dijo nada.

Eso resultó decepcionante para el capitán Purdom. Se movió otra vez hacia mí y, al llegar cerca, puso un brazo en jarras y me señaló la cara con la otra mano.

—Con lo que usted a hecho, tengo suficiente para empapellarlo, Morris.

—No, capitán.

—Se lo probaré. Detuvo a dos hombres en su habitación del hotel Alvarado. Los golpeó y amordazó.

Me eché a reír.

—¿Se refiere a los dos angelitos llamados Ted y Tom? Dos buenos ciudadanos, capitán. Debería presentarlos como modelos a los contribuyentes de su pueblo.

—No más bromas.

—Lo mismo digo, capitán. No más bromas, Ted y Tom son dos matones. Me vapulearon en mi oficina de Los Ángeles y quisieron seguir haciendo su trabajo en Alvarado. Pero yo no les dejé.

—Golpeó a otro ciudadano de Alvarado, a Harry Collins.

—Oh, sí, un vendedor de coches que usa pistola para convencer a clientes protestones. Fue Collins el que contrató a Ted y Tom.

El capitán Purdom dio otro paso hacia mí.

—Morris, le voy a dejar en libertad.

—Muy amable.

—Pero no quiero verlo más.

—Eso va a depender de algo.

—¿De qué cosa?

—De que tenga que volver por Alvarado.

—¡No vuelva por Alvarado o le pesará!

—Trabajo para un cliente.

—¿Quién es?

—Doris Connors.

Miré a Doris y vi reflejado en sus hermosos ojos agradecimiento.

—¡Lárguese, Morris! —Ladró el capitán.

Y yo me largué.

CAPÍTULO VII

Era un condenado lío.

Según la descripción que Doris me había hecho de Verónica, la novelista era jactanciosa y, sin embargo, yo había visto a otra Verónica muy distinta en mi oficina, una joven llena de terror. Mi sexto sentido me advertía que ésa era la pieza clave porque no encajaba en el cuadro.

Tenía que ver a James Anderson, el guionista que se había interpuesto entre Verónica y Doris.

Me dirigí a su domicilio después de consultar la guía telefónica.

Vivía en una casa con jardín, en un barrio residencial. Hice sonar un carillón y me abrió un criado japonés, a quién entregué mi tarjeta.

El japonés, después de leerla, dijo:

—El señor Anderson se retiró a descansar.

Consulté el reloj. Eran las siete de la tarde.

—Dígale que ya descansó bastante y que ahora le toca trabajar.

—No sé si puedo.

—Lo levanta usted o lo levanto yo. Elija.

Se pasó la lengua por los labios.

—Lo anunciaré al señor Anderson.

Me dejó en el vestíbulo y al cabo de un rato regresó diciendo:

—El señor Anderson lo recibirá.

Me llevó a una habitación donde había una mesa con muchos libros y revistas, y una máquina de escribir.

Se abrió una puerta del fondo y entró un hombre alto, bien parecido, que se cubría con un batín. Frisaría los treinta años. Tenía mi tarjeta en su diestra.

—¿Cuál es el motivo de su visita, señor Morris?

—La muerte de Verónica Clifford.

No me contestó. Dejó mi tarjeta en la mesa.

—Me ha afectado mucho. ¿Quiere un trago?

—¿Cómo lo supo?

—Me telefoneó Doris Connors. Me dijo que había sido detenida por la policía acusada del crimen.

—¿Y qué opinión tiene usted del caso?

Dio unos pasos hacia un mueble-bar.

—¿*Whisky*?

—Sí.

Sirvió dos vasos y me entregó uno de ellos.

—No sé qué decirle, Morris.

—¿Considera capaz a Doris de cometer un crimen?

—No.

—Doris me confesó que quería apartar a Verónica de usted. A juicio de Doris, Verónica lo estaba destruyendo.

Me echó una mirada y luego apartó la vista. Caminó hacia un sillón, donde se sentó, quedóse pensativo observando el contenido de su vaso.

—Doris tiene un defecto.

—¿Sólo uno?

—Me refiero al más importante, desde mi punto de vista.

—Diga cuál es.

—Es exclusivista.

—Entiendo, se refiere a que no quiere compartir un hombre con nadie.

—No lo tome así, señor Morris. Doris nunca comprendió qué clase de amistad y de admiración podía sentir yo hacia Verónica.

—¿Y qué clase de admiración sentía?

—Era una mujer hermosa, pero en ella me importara mucho más otra cosa. Su profesionalidad.

—¿Se refiere a sus novelas?

—Sí. Verónica era una buena escritora. Muchos opinan que eligió el camino fácil de la novela popular, y yo digo que eligió el más duro. Ella tenía talento para haber hecho una cosa mejor pero se sentía insegura con respecto a los resultados. Colocó sus primeras novelas populares en las Ediciones de California, S.A., y ya continuó esa clase de trabajo. Yo también empecé como novelista popular, pero me redimí.

—¿Dónde empezó?

—En Nueva York.

—¿Cuánto tiempo lleva en California?

—Vine hace dos años.

—¿Conocía ya a Verónica?

—Sí, adapté una novela suya al cine y fue lo que me abrió las puertas de Hollywood. Pero hasta que no llegué aquí no había visto a Verónica personalmente. Nos llevamos bien desde el principio.

—Fueron buenos amigos, ¿eh?

—Y si quiere saber hasta qué punto llegamos le diré que intimamos hasta donde pueden intimar un hombre y una mujer, pero no había ningún compromiso entre ella y yo.

—Verónica no era exclusivista.

—No, señor Morris. No lo era.

—¿Cuándo conoció a Doris?

—Hace cosa de seis meses. Ella estaba en los estudios para los que yo trabajo como guionista. Doris se había encargado de los decorados de una de mis películas. Simpatizamos y salimos juntos, pero Doris empezó a ser exigente. No quería que viese a Verónica, no quería que viese a cualquier actriz con la que yo simpatizase.

—Tenía un camino. Haber terminado con Doris si no compartía sus opiniones con respecto al amor.

—Intenté romper con ella, pero no pude.

—¿Qué se lo impidió?

—Estaba enamorado de ella.

—Entonces, ¿por qué no se casó con Doris?

—Porque considero que el amor es algo pasajero.

—¿Lo fue en su caso?

—No, todavía continúo enamorado de Doris.

—¿Sabía usted que Doris iba a amenazar a Verónica?

—No.

—¿No se lo dio a entender?

—No.

—Suponiendo que Doris no hubiese ordenado la muerte de Verónica, ¿quién la podría haber matado?

—Lo ignoro.

—¿Tenía enemigos, Verónica?

—Si los tenía, yo no conozco a ninguno.

—Conoce a Doris.

—Admito que Doris se preocupase por amenazar a Verónica, pero no la creo capaz de comprar asesinos.

—La policía piensa de otra forma, y va a ser muy difícil convencerla de lo contrario. Todo apunta a Doris. Usted lo entiende, ¿verdad, señor Anderson?

—Sí, entiendo todos los puntos del problema y ya he contratado al mejor abogado para Doris. A Dean Haynes.

—Se dio prisa.

—Lo hice en cuanto Doris me explicó la situación, y Haynes ya debe estar realizando su trabajo.

Le ofrecí el paquete de cigarrillos pero negó con la cabeza. Encendí y después de expulsar el humo, dije:

—¿Conoce a Spencer Lewis?

—Me lo presentó Verónica una noche.

—¿Qué opina de él?

—Es uno de esos guapos tontos que se creen irresistibles con las mujeres.

—¿No se cree usted irresistible, Anderson?

Sonrió con amargura.

—No, no me creo un guapo tonto, señor Morris.

—Pero dos mujeres se lo disputaban y ahora una de ellas está muerta y la otra acusada de asesinato.

—Eso ocurre hasta en las mejores familias, y no quiero decir que yo sea un tipo como Spencer Lewis.

—¿Cuándo vio por última vez a Verónica?

—Anteayer. Cenamos juntos y luego ella vino aquí.

—¿A qué hora se marchó?

—Más o menos, a las diez. Quise acompañarla a Alvarado pero ella no lo consintió. Se marchó en su coche.

—¿Hablaron de Doris?

—No. Dedicamos casi todo el tiempo a hablar de asuntos profesionales.

—¿Qué asuntos concretamente?

Anderson se quedó pensativo, otra vez mirando el vaso.

—¿Por qué no contesta, James?

—No soy amigo de las respuestas rápidas. Me gusta reflexionar sobre lo que voy a decir. Es una costumbre. En mi casa me llamaban El Lento. Quizá lo soy para todo... Me ha hecho una

pregunta. ¿Qué fue lo que hablamos Verónica y yo aquí? Se lo diré. Hablamos del guion que estoy haciendo. Un *western* localizado en México. Tengo algunas dificultades. Siempre surgen en esta clase de trabajo. Verónica tenía una gran visión con respecto a los nudos que surgen inesperadamente en el relato. Necesitaba sus consejos. Por eso la invité a cenar. Eso fue todo, señor Morris.

—Gracias por haberme dedicado su tiempo.

—¿Va a proseguir su investigación?

—La verdad es que hay muy poco que investigar.

—Usted parece listo.

—No me tengo por malo en mi profesión.

—Siento no poderle servir de más ayuda.

—Ya me ayudó bastante.

Me acompañó hasta la puerta y allí nos estrechamos la mano, y me deseó suerte.

Fui a mí oficina.

Paula me recibió con las uñas por delante.

—Miren al jefezuelo que viene de correrse una juerga.

—No te puedes imaginar la juerga que me corrí. Pero ¿qué haces aquí? Ya deberías estar fuera de la oficina.

—Oí por la radio que habían matado a Verónica Clifford. Por eso me quedé. Esperaba una llamada de la policía anunciándome que le habían detenido.

—Me libré por poco.

—Cuéntemelo todo.

—Antes necesito un buen trago de *whisky*.

Ella misma me escanció y, para cuando acepté el vaso, yo estaba repantigado en el sillón con los pies sobre la mesa.

Le conté todo, desde el principio al fin, y luego pregunté:

—¿Qué te parece, secretaria?

—Es un caso perdido. Doris Connors quiso quitar de en medio a Verónica y no se anduvo por las ramas.

—Si acertases, ¿qué maldito caso tengo entre las manos?

—Yo le diré lo que tiene, jefe. Agua que le resbaló por los dedos, como el dinero. Y eso me recuerda que me debe seguir pegando.

—¿Quién piensa ahora en el dinero?

—¡Yo tengo que pensar en la plata por los dos!

En ese momento sonó el teléfono y Paula descolgó el receptor.

—Oficina de Alan Morris, investigador privado... ¿Señor Lewis?
Me incliné sobre ella y le quité el teléfono.

—¿Spencer?

—Señor Morris, necesito verle inmediatamente.

—¿Para qué?

—Para contarle algo que es muy importante.

—¿Desde dónde llama?

—Desde Alvarado.

—¿Por qué no viene aquí?

—No puedo.

—¿Qué le pasa? ¿Se lesionó con la muchacha de la colchoneta?

—Tengo miedo, señor Morris... Sé que me van a matar.

—¿Quién lo quiere matar?

—Oiga, no pierda el tiempo y venga aquí.

—Spencer, es de noche y me llevará una hora llegar a Alvarado.

¿Por qué no me adelanta algo?

—Le repito que lo haré personalmente.

—Iré ahora mismo. ¿Estará en su apartamento?

—Si estuviese en mi apartamento, me encontrarían enseguida.

Hay una cabaña en la playa. Se llega por un sendero que arranca en el club La Gaviota, a la izquierda. Lo estaré esperando dentro de una hora.

—De acuerdo, Spencer.

Colgó y luego lo hice yo. Apuré de una vez el contenido del vaso y me levanté.

—Jefe —dijo Paula—, ¿está seguro de lo que hace? Puede ser una trampa.

—Y puede ser verdad que lo vayan a matar.

—¿Por qué no llamó en su auxilio a la policía de Alvarado?

—Quizá porque yo le inspiro más confianza. Y ahora vete a tu casa a dormir.

Le di una palmadita en la mejilla y me marché.

Había poco tráfico por la carretera y pude llegar a Alvarado en cuarenta y cinco minutos.

El cielo se había cubierto de nubes y estaba muy oscuro, en contraste con el hermoso día que había hecho allí.

En las piscinas del club La Gaviota no había nadie porque corría una brisa demasiado fresca para bañistas nocturnos.

A través de unos ventanales vi a varias parejas bailando. Ellas lucían vestidos de noche.

Encontré el sendero y eché a andar por él.

Pronto oí el batir de las olas. Aquella parte de la playa dejaba de ser arenosa y se convertía en costa con rocas.

Casi me tropecé con la cabaña, que estaba en un claro entre las rocas.

La cabaña estaba a oscuras.

Llegué a la puerta y la vi entornada.

—Spencer, ¿está ahí?

No obtuve respuesta y recordé lo que me había pasado en el apartamento de Verónica, cuando pregunté por ella y no me pudo contestar porque estaba muerta.

Empujé la puerta con el pie y se abrió con un siniestro chirrido.

Sí, todo estaba preparado para el crimen y dentro reinaba la más absoluta oscuridad.

Encendí mi mechero y, a la luz de la llama, descubrí a Spencer Lewis tendido boca abajo.

También lo habían degollado.

CAPÍTULO VIII

Allí tenía el segundo cadáver del caso.

Doris Connors estaba encerrada en la cárcel. No había podido matar a Spencer personalmente, pero tampoco podía haber matado personalmente a Verónica y la habían detenido porque, para la policía, ella se valía de uno o dos asesinos comprados. Y si esos asesinos habían matado a Verónica, también podían haber liquidado a Lewis. Por añadidura, Verónica y Spencer Lewis eran vecinos. Vivían en el mismo edificio, el Terranova. Se conocían, se hablaban.

Si yo llamaba al capitán Mark Purdom, le iba a dar oportunidad para que me quitase la licencia y quizá algo más, algunos de mis dientes que es una de las partes más favorecidas de mi físico, sobre todo cuando sonrío a una chica linda.

«Al diablo con eso ahora, Alan. Eres un investigador privado que no vale un pepino. Estás metido en un jaleo con dos crímenes y no sabes la hora que es. No, no sabes nada, Alan Morris. Pareces un bebé y sólo falta que te pongan un chupete y, si sigues adelante, te lo pondrán, pero no será un chupete, sino una cachiporra lo que te incrusten entre los labios».

Yo estaba muy rabioso sí, muy rabioso.

Observé que los bolsillos de Spencer estaban vueltos del revés. Los asesinos estaban buscando algo. ¿Lo habrían encontrado? Yo también me puse a buscar. La mano derecha de Lewis estaba cerrada fuertemente. Demonios, estaba claro. En aquella mano guardaba el objeto que los asesinos estaban buscando. El sistema no era original. Había salido en muchos telefilms.

Le abrí la mano pero sólo contenía aire.

¿Quería indicar eso que Spencer había guardado en la mano algo importante y que su asesino se lo había llevado?

«Vete al infierno ya, Alan. No tienes nada que hacer. Te

comportaste en este caso como un principiante y sigues siendo un principiante. Lo mejor es que cierres tu negocio y busques un empleo, por ejemplo, el de descargador en una agencia de camiones porque tienes músculos y muy poco seso».

Me había sentado en el suelo y tenía una pierna de Spencer muy cerca y vi que el muerto era un tipo muy exigente en zapatos. Le deberían haber costado no menos de cincuenta dólares.

Eran nuevos. Pero el tacón izquierdo estaba más nuevo que el derecho. Demonios, el tipo ya había gastado un tacón. Pero ya no gastaría más porque ahora estaba andando sobre nubes y allí no se gastan las suelas.

«Que gran detective eres tú. Anda, díselo al capitán Mark Purdom de Alvarado. Dile que esos zapatos no se gastan en las nubes».

Cogí el zapato izquierdo y observé atentamente el tacón. Finalmente me decidí a tirar de él. Pero estaba firme. Entonces lo hice girar hacia la izquierda y tampoco obedeció. Luego hacia la derecha y el tacón se desplazó. Vi el hueco y en él había una llave, una pequeña llave.

Ya tenía lo que buscaban los asesinos. El caso estaba resuelto.

«Bravo, Alan, eres un tipo muy grande. Tienes la llave, pero ¿qué es lo que abre la llave?».

Yo sabía dónde vivía Spencer Lewis, en el edificio Terranova.

Abandoné la cabaña y miré a un lado y a otro, por si los asesinos me estaban esperando para que me marchase con Spencer Lewis. Pero nadie me salió al paso y logré llegar al sitio donde había dejado el auto.

El almirante del Terranova se había despojado de su uniforme porque se disponía a retirarse.

—¡Señor Morris! —dijo sorpresivamente—. ¿Qué busca ahora?

—Me citó el señor Lewis.

—No lo vi entrar. Todavía está en el club. Vaya allí.

—Lo vi en el club y me dijo que lo esperase en su parlamento.
Me dio las llaves.

Naturalmente yo me refería a mis llaves falsas.

Sacudí la cabeza.

—De acuerdo, señor Morris.

Sonreí satisfecho porque esta vez su diálogo no me había

costado cinco dólares.

Subí a la planta y, silbando por lo bajo, abrí la puerta del apartamento con los instrumentos que yo había heredado de Jim *Golpemaduro*.

Otras personas me habían precedido y no hacía falta ser muy listo para llegar a conclusión de que eran los asesinos. Sí, ahora ya podía hablar en plural porque aquel trabajo tenía que haber sido hecho por más de una persona o por un ciclón, y yo sabía que no había pasado ningún ciclón por Alvarado.

El sofá y los sillones estaban destripados, los cajones de los armarios por el suelo.

Y en peor estado se encontraba el dormitorio. Habían despanzurrado el colchón y en aquel cuarto se habían puesto muy nerviosos los buscadores del tesoro porque se habían liado a coces y el armario aparecía roto, con muchos huecos y maderas astilladas quizá porque buscaban un compartimento secreto. También el cuarto de baño era una ruina.

Llegué a otra fácil conclusión. Aquella llave no abría ninguna caja que hubiese allí porque ellos se la habrían llevado.

De pronto sonó el teléfono. Pegué un chillido porque el timbrazo me dio un gran susto.

Titubeé unos instantes y por fin atrapé el auricular con el pañuelo porque no quería dejar mis huellas en aquel destrozo.

Emití un gruñido que no quería decir nada.

—Spencer, soy Ingrid Hamilton.

Era la nena que quería aprender a nadar, la de la colchoneta.

—Spencer no está, señorita Hamilton.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de Spencer.

—Pero ¿dónde está Spencer?

—Se demoró un poco.

—Es que me invitó a cenar y hace media hora que le espero en el restaurante La Gaviota.

—Spencer es un poco olvidadizo.

—Si lo ve, díglele que lo estoy esperando.

—De acuerdo.

Cortamos la comunicación.

Bien. Ya tenía la llave, pero estaba como al principio. Spencer

Lewis vivía allí, pero pasaba la mayor parte de su tiempo en el club La Gaviota y cenaba con nenas muy monas. ¡La Gaviota!

Cuando bajé, el almirante estaba encendiendo un cigarrillo apoyado en la puerta de su cueva.

—No vi entrar al señor Lewis —dijo.

De buena gana le hubiese dicho: «Empiece a llorar, hermano, porque no lo va a ver más». Pero yo no quería más complicaciones.

—No lo puedo esperar —le contesté.

No sé si se dio por satisfecho porque no lo miré mientras me dirigía hacia le, calle. Pero pensé que, cuando la policía se presentase. Mike les diría que yo había estado en el apartamento, y el capitán Purdom demostraría toda la simpatía que había depositado en mí y me haría causante del estropicio.

«Alan, sólo tienes una solución. Encontrar a los asesinos muy pronto o el capitán Purdom va a jugar contigo un partido de bassetball y tú serás la pelota».

Entré en el club.

Ingrid Hamilton estaba sentada a solas en una mesa. Lucía un vestido de noche precioso.

—Buenas noches, Ingrid.

Me miró e hizo un hociquito como respuesta.

—Spencer no podrá venir —agregué.

—¿Por qué no?

—Se fue a dar lecciones de natación a una señora con mucho dinero.

—Oh, no.

—Pero muy vieja.

—Ya me estropeó la velada.

—Bueno, si yo puedo hacer algo...

Ella me midió de arriba abajo y después del examen, dijo:

—Está bien. Puede sentarse.

Me senté en la silla frente a ella y sonreí.

—No es malo este lugar.

—Prefiero otros. A mí me gustan los tugurios, ¿sabe, señor Morris? Allí una se divierte mucho más. Aquí hay demasiados ancianos.

Miré a mi alrededor pero no vi a ningún anciano, sólo a gente que no pasaba de los cincuenta años.

Vino el camarero y pedí martinis.

—Es el tercero que bebo —dijo Ingrid y se comió una aceituna. Había llegado el momento de atacar.

—Ingrid, ¿desde cuándo te está dando Spencer las lecciones de natación?

—Empezamos hace una semana.

—¿Has notado algo raro en Spencer?

—No, es un hombre estupendo. Todo lo tiene en su sitio.

—No, Ingrid, no me refería a eso, sino a que Spencer hubiese realizado algo que te haya producido asombro.

—Spencer todo lo hace bien, como se debe hacer, excepto una cosa.

—¿El qué?

—Hoy derramó sobre mi espalda todo el tubo del bronceador. Yo estaba de espaldas, sobre la colchoneta, y me volví. Vi a Spencer como no lo había visto nunca. Estaba asustado y sus manos le temblaban.

—¿Por qué?

—Se lo pregunté pero él me dijo que no le pasaba nada. Miré en la dirección que señalaban sus ojos. Estaba mirando el club y allí había dos hombres. Yo le dije: «¿Los conoces, Spencer?». Y él me contestó: «No, en mi vida los he visto antes de ahora». Y eso fue todo.

—¿A qué hora ocurrió eso, Ingrid?

—No sé. No tenía reloj. Podían ser las cinco o podían ser las seis.

—¿Y qué hizo luego Spencer?

—Oiga, ¿a qué vienen tantas preguntas?

—Creo que Spencer está en un apuro y trato de ayudarle.

No le mentía. Spencer estaba metido en un apuro del que nunca saldría, y mi ayuda consistía en descubrir a la persona o personas que lo habían enviado al más allá.

Fue suficiente mi respuesta porque Ingrid contestó:

—Spencer me dijo que se tenía que marchar. Fue entonces cuando acordamos vernos aquí para la hora de la cena, y ya no lo volví a ver.

—¿No le preguntaste adónde iba?

—No. Emprendió el camino de los vestuarios y desde entonces no lo he visto.

Yo estaba acariciando la pequeña llave que tenía en el bolsillo.

—¿Dónde están los vestuarios, Ingrid?

—En la parte de atrás.

—Espérame, Ingrid. Volveré.

Me dirigí hacia los vestuarios. Todo estaba muy oscuro. En la puerta encontré a un viejo que fumaba un cigarrillo.

—Buenas noches —saludé.

—No van a ser tan buenas —me contestó el viejo—. Se aproxima una tormenta.

Eché la llave al aire, delante de su cara, y dije:

—Olvidé algo en mi armario.

Pasé al interior y él no protestó.

Había muchos armarios a lo largo de una pared. Mi llave tenía grabado un número, el 24, y me dirigí hacia ese armario.

Lo abrí.

Vi varios bañadores, zapatillas, unas gafas de sol, un frasco de líquido bronceador. Levanté los bañadores y descubrí un montón de folios mecanografiados del 1 al 33. Y el título era: «Los *gangsters* también mueren». Era el comienzo de la novela que Ross Coleman, estaba escribiendo, y el folio 34 no podía estar allí porque se había quedado en la máquina portátil de Verónica, la primera víctima. Había otro folio. Una sinopsis argumental que no estaba numerado.

Leí la sinopsis. Era la historia de un zar del vicio y del crimen. Un alto jefe de la Mafia que era deportado de los Estados Unidos a Sicilia. Pero, una vez llegado a Sicilia, era operado por un doctor traído de Viena y la operación consistía en cambiarle el rostro. Y luego aquel zar del vicio regresaba a Estados Unidos pero para ello adoptaba otra personalidad, la de una persona que sus esbirros asesinaban en un pueblo del Estado de Illinois. Faltaba el final.

Sentí que el corazón me golpeaba contra las costillas. Allí tenía el motivo. Los dos habían muerto por lo mismo. Verónica por escribir la novela y Spencer porque había conservado los folios que, probablemente, le había entregado Verónica.

Y la explicación de ambos crímenes consistía en que Verónica, alias Ross Coleman, estaba escribiendo una historia verdadera, algo que había sucedido realmente.

Oí pasos y metí los folios en el bolsillo.

Esperé ver al viejo cuidador del vestuario pero no era él, sino

dos tipos que yo no conocía.

Los dos tenían cara alargada pero parecían hermanos. Se cubrían con buenos trajes, bien cortados, y no eran de percha, si no de un buen sastre que sabía lo que se hacía.

Los dos se detuvieron y el más alto dijo:

—Hola, Morris.

—¿Qué tal?

—Bien.

Era una conversación la mar de educada.

—¿Y la familia? —pregunté.

El más alto encogió un hombro.

—Tirandillo.

—Me alegro mucho.

Me pregunté si el otro sería mudo y él, como si hubiese adivinado mi pensamiento, dijo:

—Morris, te hemos estado siguiendo.

—¿Ah, sí? No creí que mis pantorrillas fuesen tan monas.

Ninguno de ellos rió. Tampoco ellos tenían sentido del humor.

—¿Qué viniste a buscar aquí, Morris?

—Un bañador. Quería pegarme un chapuzón en la piscina.

El alto dijo:

—Hace mucho calor, pero nosotros te vamos a pegar el chapuzón. Quedarás más fresco.

Pensé en Spencer Lewis y en lo fresco que lo habían dejado. Y también en Verónica, que estaba helada cuando la toqué.

Sonreí y me rasqué detrás de la oreja mientras caminaba hacia ellos.

—Muchachos, creo que debemos tratar este asunto a un nivel más alto.

Ninguno de ellos me entendió de modo que yo agregué:

—Quiero decir que hablaría gustoso con su jefe.

—No vas a hablar con nadie —dijo el alto.

—¿Por qué no?

—Porque ya se te acabó el repertorio.

Me detuve muy cerca de ellos. Yo era así de tonto. Si los dos sacaban la pistola al mismo tiempo, nunca podrían fallar. Al menos, uno de los dos me freiría.

Leí en sus ojos la idea de matar. Entonces levanté una mano y

dije:

—Eh, un momento, quiero entregarles lo que encontré. Yo no peleo por una tontería.

Habían empezado a mover la diestra hacia el interior de la chaqueta pero se quedaron quietos.

Yo saqué el montón de folios que había encontrado en el armario de Spencer Lewis.

Imaginé que ellos mirarían los folios y entonces se los eché a la cara y yo salté a continuación.

CAPÍTULO IX

He peleado muchas veces en mi vida por salvar el pellejo y, cuando llega una de esas peleas, debe andarse con mucha prisa para que no le revienten a uno los tímpanos con una bala del 38.

Casqué en la mandíbula del alto y golpeé con la mano izquierda la clavícula del bajo. Los dos se desplomaron porque mi ataque resultó un éxito. El alto trató de incorporarse y le sacudí entre los dos ojos. Se deslizó sobre el piso como si estuviese untado de mantequilla y estrelló la cabeza contra la pared y allí se quedó.

El bajo me atrapó por las piernas, el muy bastardo, y me hizo caer. Luego sacó la pistola pero, antes de que la pudiese dirigir contra mí para meterme la bala, salté hacia adelante y le incrusté el cráneo en su boca. Los dos rodamos por el suelo y creí que iba a perder el conocimiento porque mi chichón había sufrido los efectos de aquel duro golpe.

Yo estaba indefenso, esperando que sonase el estampido, pero eso no llegó a ocurrir porque el bajo quedó fuera de combate.

Los folios estaban desparramados por el suelo. Los recogí muy aprisa y, sin esperar a ponerlos en orden, los metí en el bolsillo y eché a correr.

El viejo me miró asustado.

—¿Qué pasó ahí dentro?

—Un partido de *rugby*, abuelo, y yo conseguí la pelota —le contesté y seguí corriendo.

De pronto oí que me llamaban.

—¡Alan!

Era Ingrid.

Llegué a su lado.

—Vete a casa, Ingrid.

—¿Y Spencer?

—Nunca vendrá a tu lado.

—¿Por qué?

—Porque está muerto.

—¿Qué?

—Lo asesinaron.

—¡Dios mío!

—Date prisa, Ingrid. No quiero que te vean conmigo. Me he convertido en un barril de dinamita y en cualquier momento puedo explotar.

Fue bastante para que se alejase de mí.

Poco después estaba corriendo, una vez más hacia Los Ángeles.

Me fui derecho al lugar en que podría encontrar la información que necesitaba, a la redacción del *Star*.

Mi viejo amigo, un periodista, Leo Bayer, me recibió poniéndose las manos en la nariz, como si yo diese a podrido.

—Leo, no sé cuál de los dos apesta más.

—Tú tienes mucha resistencia.

—Te necesito, Leo.

—Vete en busca de otro.

—¿Tienes alguna queja de mí?

—¿Qué si tengo alguna queja? La última vez que me prometiste una información hice el ridículo. Todavía estoy esperando tu llamada para decirme lo que lograste sacar.

Se refería a un caso de divorcio de una actriz, famosa. Yo investigaba los pasos de la actriz por cuenta del marido y la encontré en una situación muy poco correcta, en cierto *bungalow* de un hotel. Yo soy un caballero y no quise dar a la publicidad lo que debería estar reservado exclusivamente a los Tribunales. Pero luego hubo una filtración por parte de un abogado y todos los periódicos pudieron publicar lo que yo había silenciado. Y mi amigo Leo se enfadó porque yo no le había dado la primicia.

—Leo, esta vez te voy a compensar.

—¡Fuera!

—Supón que un alto jefe de la Mafia ha sido deportado a Italia.

—Hay muchos jefes de la Mafia deportados. No es nueva la historia. ¡Vete al cuerno!

—Supón que ese jefe de la Mafia haya regresado a nuestro país.

—¿Crees que soy un estúpido? Ninguno de ellos puede regresar, atraque dirigen sus negocios desde allí.

—Estamos en el terreno de las suposiciones, Leo. ¿Puedo continuar?

Yo sabía que había logrado interesarle.

—Adelante, Alan, pero no esperes que mueva un dedo para ayudarte.

—Supón que el jefe de la Mafia de que hablamos decide organizar una confabulación para que él pueda permanecer en nuestro país sin que nadie lo note.

—Oh, sí, claro, se bebe un cuarto de litro de líquido para hacerse invisible.

—Ese líquido no existe pero existe una forma de hacerse invisible.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Cambiar de cara.

Se quedó con la boca abierta y yo machaqué.

—Supón que cambia su cara por la de otra persona que ha sido retirada de la circulación previamente, ya sabes, un hombre que lleve una vida oscura en un pueblo más oscuro. De esa forma, el jefe de la Mafia, aparte de su cara nueva, también tendría una documentación de primera mano y nada sospechosa.

—¿Cuál es el final de la historia?

—Supón que alguien descubre el asunto y que esa persona, junto con otra que tiene su confianza son asesinadas, al objeto de que el jefe de la Mafia continúe gozando de su nueva personalidad.

—Maldita sea, ¿qué es lo que te traes entre manos?

—¿Debo ir a otro periodista para que me ayude?

—¿Quién es el de la Mafia?

—No lo sé.

—¡Vete al infierno!

—En eso consiste tu ayuda, Leo. Quiero una información de las grandes figuras del Sindicato del Crimen o de la Mafia que han sido deportados a Italia durante los últimos años.

—¿No es una broma, Alan?

—No, no es una broma. Me conoces lo suficiente para saber que estoy golpeando en caliente.

—De modo que esa chica, la escritora que firmaba las novelas con el nombre de Ross Coleman, tiene que ver con el asunto.

—Ya lo comprendiste.

—Vamos a publicar en nuestro próximo número la información del crimen relacionado con Verónica.

—Apunta otra víctima.

—¿Quién?

—Spencer Lewis.

—¿Quién es Spencer Lewis?

—Un amigo de Verónica Clifford. Vivía en el mismo edificio que ella, en Alvarado.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo descubrí el cadáver.

—¡Suelta el carrete!

—No, Leo, ahora no. No importan las víctimas, sino identificar a la persona causante de esos dos crímenes. ¿No te parece?

Se pasó la lengua por los labios y, finalmente, dijo:

—De acuerdo, Alan, te ayudaré. Pero espera. Quiero dar unas cuantas órdenes.

Salió de la habitación y vi por los cristales como hablaba con dos de sus compañeros.

Luego regresó.

—Alan, vamos al archivo.

Nos fuimos al archivo que cuidaba un anciano de sesenta años llamado Peter Arnold. Yo sabía quién era. Un tipo con una memoria privilegiada a pesar de su edad.

Leo le dijo lo que queríamos.

Peter, después de emitir un carraspeo, contestó:

—No hace falta que busquen en los periódicos los deportados de la Mafia. Puedo decirles sus nombres. Mario Monti, Alex Fantini, Luigi Fracheti y Carlo Serati.

—Bien, Leo —dije—. Ya sabes cuál es tu próximo trabajo.

—Localizar a los cuatro tipos en Italia.

—Sí, pero debes hacerlo aprisa.

—A estas horas podré atrapar a nuestro corresponsal en Roma.

—De acuerdo.

—Vete a tu apartamento y ya te informaré.

—¡Y un cuerno! Si voy a mi apartamento me liquidan. Ya tengo detrás de mí a los perros. Y te aseguro que están rabiosos. Te esperaré en el bar de la esquina.

—Puedo tardar.

—Si inviertes más de una hora en lograr esa información, me voy a otro periódico.

—¡Tú no harás eso!

—Claro que lo haré.

Le hice un saludo con la mano y me fui al bar de Joe Conesa, donde la gente del *Star* acostumbraba a tomar sus cafés y a emborracharse.

Bebí un *whisky* y luego otro.

Llegó una joven, Bárbara Roberts, y me dijo que me invitaba a su apartamento y le contesté que tendría que dejarlo para otro día. Entonces ella se arrimó a otro tipo.

Por fin vi entrar a Leo y se vino a mi mesa.

—Ya lo tengo, muchacho.

—¿Quién es?

—Mario Monti está ahora en Roma, Fantini en Milán, y Serati en Nápoles —hizo una pausa como el director de un circo antes de presentar a la estrella del espectáculo—. Luigi Fracheti debería estar en Palermo, pero hace seis semanas que nadie sabe de él.

CAPÍTULO X

La cosa era fácil. Muy fácil. Todo consistía en buscar a Luigi Fracheti, que ya estaba en nuestro país con otro nombre. De modo que el problema se reducía a encontrarlo entre ciento ochenta millones de habitantes. Claro que había que eliminar a las mujeres y a los niños. Bien mirado, no era tan grave el problema. Habría que buscar entre unos cincuenta millones.

—Yo tengo una idea —dijo Leo.

—¿Cuál?

—Publicaremos un número extra del *Star*. Explicaremos el motivo de las muertes de Verónica Clifford y Spencer Lewis.

—¿Quieres decir que vas a contar la historia de Luigi Fracheti con su cambio de rostro y de nombre?

—Así lo sacaré de su escondrijo.

—Sólo conseguirás una cosa con esa forma de actuar, Leo. Luigi Fracheti se pondrá en guardia. Nunca podremos dar con él. Tú harás otra cosa muy distinta, Leo. No vas a publicar una sola línea acerca de lo que sabemos de Luigi Fracheti.

—Oh, no, claro, nosotros no publicaremos nada y, de esa forma, tú podrás vender la exclusiva a otro periódico lo mismo que hiciste en el caso de la famosa actriz.

—En aquella ocasión no vendí nada y tampoco pienso vender mis informes ahora. Sólo quiero echar mano a Luigi Fracheti. ¿Lo entiendes, Leo? ¡Sólo eso!

—Muy bien, dime qué método de pesca vas a emplear y, si me interesa, aplazaré la publicación de lo que sabemos.

—No tengo ningún método de pesca.

—Gracias por tu sinceridad.

—Pero daré con uno.

—¿Cuándo? ¿Dentro de un año? ¿De dos?

—Será cuestión de días.

—No puedo esperar indefinidamente. Si el director supiese que conservo en el buche una información de esa clase, me pegaría un puntapié en el trasero. ¡Y lo hará con mucha razón! Escúchame bien, Alan. Te daré un plazo de veinticuatro horas para que descubras tu método de pesca de Luigi Fracheti y, si pasa ese tiempo y tu anzuelo sigue vacío, publicaré todo lo que sé acerca de los asesinatos de Verónica Clifford y Spencer Lewis.

—De acuerdo, Leo. Veinticuatro horas.

Me fui a mi apartamento. Necesitaba una ducha, tenderme en el sofá y pensar.

Estaba pensando con un vaso de *whisky* en la mano cuando sonó el teléfono.

Era Paula, mi secretaria. Le conté el asunto.

—Jefe, eso es sensacional.

—Pero no tengo una maldita pista que me conduzca a Luigi Fracheti.

—Yo le daré una.

—¿Cuál?

—James Anderson.

—¿Qué pasa con James Anderson?

—Lo veo muy metido en el asunto. Anderson discutía con Verónica sobre cuestiones de trabajo. ¿No cree lógico que ella le hablase a James acerca del argumento que tenía entre manos?

—Quizá sí, quizá no.

—¿Por qué no sale de dudas hablando con Anderson?

—Anderson es un tipo muy habilidoso para discutir con él.

—Caramba, jefe, se está volviendo muy modesto. ¿Considera que hay alguien más habilidoso que usted?

—Vete a dormir, Paula —colgué y seguí pensando.

Paula podía tener razón. Quizá James Anderson sabía mucho más de lo que había dicho, pero yo había dicho la verdad a Paula con respecto a sus cualidades como conversador. James Anderson era como una anguila que se le escurría a uno en el momento más inesperado. En su familia lo habían llamado el Lento, y lo continuaba siendo porque pensaba mucho sus respuestas. Si discutía con él, yo tenía que acabar con su lentitud si quería obtener algún resultado.

En eso sonó el teléfono. Pensé que sería Paula y que me iba a

dar un consejo.

—¿Señor Morris?

La voz de Paula había cambiado mucho. Era ronca.

—Sí, Alan Morris. ¿Con quién hablo?

—Con un amigo.

—Puedo contar mis amigos con los dedos de una mano y sobrarían dedos.

—Yo le voy a demostrar que soy su amigo, señor Morris.

—Adelante.

—Deje el caso que lleva entre manos.

—¿Por qué había de dejarlo?

—Todos queremos vivir.

—Sí, amigo, eso es cierto. Todos queremos vivir, incluso yo.

—Ya tiene la razón para que dedique su tiempo a otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—Puede ver las lindas mujeres que hay en Miami por este tiempo.

—Resulta muy caro un viaje a Miami.

—De eso me voy a ocupar yo, señor Morris.

—No me diga.

—Mañana recibirá un sobre con una sorpresa.

—¿De cuánto es la sorpresa?

—Cinco mil dólares. Podrá pasar unas cuantas semanas en Miami, broncearse, y disfrutar del hermoso paisaje. Naturalmente, eso incluye las mujeres de su gusto.

—No me seduce el plan.

—¿Por qué no, señor Morris?

—Tengo un compromiso en Los Ángeles.

—¿Con quién?

—Con una muerta.

—No sea tragicómico, señor Morris.

—Mataron a Verónica Clifford.

—Ella fió era su cliente.

—Lo intentó, pero no la dejaron.

—Eso debe ser suficiente para usted.

—No, no lo es.

—Señor Morris, nosotros nos cansamos también.

—¿Quiénes son ustedes?

—Será mejor que no lo sepa.

—Lo voy a saber de todas formas. Usted podría ayudar un poquito estableciendo su identidad.

—Creí que era usted listo.

—Lo soy.

—No lo es ni la mitad de lo que piensa. Si lo fuese, aceptaría mi oferta.

—Ya la he rechazado.

—Piénselo, señor Morris. Le daré toda la noche para pensarlo. Y le volveré a llamar mañana a primera hora.

Luego colgó.

Apuré el *whisky* que contenía mi vaso y me quedé mirando el fondo del vaso.

«Así está el negocio, Alan. Ya hubo dos víctimas, Verónica Clifford y Spencer Lewis. Y la tercera vas a ser tu si continuas tratando de pescar a Fracheti. ¿Por qué no aceptas los cinco mil dólares y te vas a dar una vuelta por Miami?».

Ya pueden imaginar cuál fue mi respuesta.

Me vestí rápidamente y viajé hasta el edificio de apartamentos donde vivía James Anderson.

El criado japonés me recibió con una sonrisa.

—Buenas noches, señor Morris.

—Quiero hablar con su patrón.

—El señor Anderson no está.

—¿Y a dónde fue?

—A una fiesta.

—¿Cuál fiesta?

—La de una actriz, Margaret Oliver. La da en su residencia.

Margaret Oliver era una promesa para la gente de Hollywood. Había hecho buenos trabajos en los seriales de televisión y, a sus veinticinco años, se le daba la primera oportunidad en largometrajes. Una de las más importantes productoras se disponía a lanzarla como auténtica sustituta de Marilyn Monroe. Y el Departamento de Publicidad de los Estudios se había encargado de todos los detalles, empezando por comprarle la casa en que había vivido Greta Garbo, la «divina» sueca.

Yo sabía dónde estaba aquella residencia, de modo que me despedí del japonés.

La puerta de hierro que defendía la casa de Margaret Oliver estaba bien protegida por dos hombres que eran como perrazos. Quise meter el coche por el hueco pero no me dejaron.

—Su invitación —ladró el primer perro que se me acercó por la ventanilla.

—¿Es que no me conoce, muchacho?

—No, no le conozco.

—Soy del equipo de Darryl Zanuck, el de la Fox.

El tipo arrugó la nariz.

—¿Y qué hace por Darryl Zanuck?

—Colaboro.

—Ah, sí, colabora recogiendo las puntas de los cigarrillos que Zanuck arroja al suelo.

—No debería decir eso. Resulta humillante para un ser humano.

—La invitación, o se va para atrás.

Saqué dos billetes de a cinco dólares. El dinero lo puede todo. El tipo miró los billetes y soltó una risita.

—Oiga, muchacho, me pagan quinientos machacantes por estar aquí.

—Pues ya tiene quinientos diez.

—Gano tres veces a la semana los quinientos por no permitir la entrada a tipos como usted en las fiestas. Guarde su porquería en el bolsillo y eche a volar.

Hay tipos así, que por mil quinientos dólares a la semana son capaces de renunciar a diez dólares. Siempre el cochino dinero. Di marcha atrás y me largué, pero detuve el coche no muy lejos de la residencia de Margaret Oliver.

Abrí el portaequipajes y saqué mi escala con garfios.

A la segunda lanzada logré sujetarla al final del muro. En un minuto pasé a la otra parte.

Y me había ahorrado diez dólares.

Me limpié el pantalón y la chaqueta de los roces con el muro y, después de cruzar el bosquecillo de olmos en el que me encontraba, me dirigí hacia la casa.

CAPÍTULO XI

Antes de llegar oí música y risas. Había algunas parejas por el jardín haciendo chasquidos de besos.

He concurrido a un par de fiestas organizadas por la gente loca de Hollywood y puedo decir que sus fiestas también son locas.

Vi algunas muchachas en bikini alrededor de una piscina. Corría una brisa fresca, de modo que el agua tenía que estar a la temperatura adecuada, y eso era lógico tratándose de la piscina de Margaret Oliver.

Los Camareros portaban bandejas con copas de champaña, canapés y toda clase de menudencias.

—Hola, Alan —dijo una voz.

Me volví. Era Magda Stiller, la empleada de Doris Connors que había perdido la apuesta conmigo.

Lucía su esbelto y hermoso cuerpo con un bikini que eran dos piezas de tontería, pero lo que demostraba no era ninguna tontería.

—¿Qué tal, Magda?

—No sabía que vendrías.

—Pues ya lo ves. Vine a cobrarme la cita.

—No te creo. Tú no sabías que yo estaba aquí.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi a algunos actores y actrices famosos.

—De vez en cuando me gusta ver la crema de Hollywood —dije mirando los hermosos ojos de Magda.

—Ven y báñate conmigo.

—Ahora no. Tengo que hablar con alguien.

—¿A quién buscas?

—A James Anderson.

—Lo vi hace un rato en compañía de una mujer muy atractiva.

—De modo que perdió a Verónica Clifford y a Doris Connors y se buscó ya la sustituta.

—James Anderson siempre tiene sustituta.

—Es un tipo que se lo rífan, ¿eh?

—Algo así.

—¿Por dónde lo viste?

—Entró en la casa. Búscalo en un lugar solitario.

—¿Hay lugares solitarios ahí dentro?

—Es una casa con muchas habitaciones y siempre hay un rinconcito para el que lo busca.

—Gracias, te veré luego.

—Luego quizá sea demasiado tarde. Hay chicos muy monos por aquí.

Le dirigí una sonrisa y entré en la casa. Vi más gente, actores, actrices y algún director de esos que se han hecho famosos en los repartos de los Oscar porque han atrapado más de uno.

Margaret Oliver estaba rodeada de gente y todos reían lo que ella decía. Parecían comediantes haciendo su número.

Entré en una habitación donde un tipo aporreaba un piano mientras seis parejas bailaban.

Entré en otra habitación y allí estaba Anderson en compañía de una rubia platino.

Se besaban en el sofá.

Carraspeé fuerte.

Anderson apartó sus labios de los de la rubia platino.

—¿Usted aquí, Morris?

—Buenas noches. Anderson.

La rubia platino me estaba mirando con las cejas enarcadas.

Anderson dijo:

—Lo siento, Morris, pero no puedo concederle parte de mi tiempo, si es eso lo que busca.

—Es la que vine buscando.

—No, Morris, si tiene algo que preguntarme, guárdelo para mañana.

—No puedo esperar, Anderson. Ha habido otro muerto.

—¿Eh?

—Spencer Lewis fue también degollado. Como Verónica.

Se quedó mirándome.

—¿Está pensando la respuesta, Anderson?

—¡Váyase al infierno, Morris!

—Me decepciona. Para decir eso no necesitaba reflexionar.

—¿De qué están hablando? —preguntó la rubia platino, que parecía tonta.

—Vete, Edith —dijo Anderson.

—¿Por qué me he de ir?

—Porque lo digo yo.

La rubia platino se levantó y estiróse la falda por los muslos.

Pasó por mi lado y antes de marcharse dijo:

—Termina pronto con él, James. Ya Sabes que ese productor va detrás de mí y no podré burlarlo mucho tiempo.

—Cierra la puerta cuando salgas.

Edith era muy obediente y cerró la puerta.

Cuando quedamos a solas, Anderson entrelazó los dedos de las manos.

—¿Por qué cree que tengo que ver con esas muertes, Morris?

—Las dos víctimas eran amigas tuyas.

—No, yo no he dicho eso. Verónica era mi amiga, pero Lewis sólo era un conocido.

—Eso no cambia su situación, Anderson.

—¿A qué situación se refiere?

—Punto primero: Usted ha admitido que discutía con Verónica en el terreno profesional. Punto segundo: Spencer Lewis era un tonto guapo, según usted, y un vecino de Verónica, y también ha muerto. Punto tercero: Verónica estaba escribiendo una novela. Cuando la encontré muerta había un folio en su máquina. Era el 34. Faltaban los 33 primeros, y esos 33 folios habían sido depositados por Spencer Lewis en su armario del club La Gaviota, de donde yo los saqué. Punto cuarto: Esa novela tiene un título: «Los *gánsters* mueren también». Punto quinto: La novela es la causa de la muerte de Verónica y Spencer.

—¿Por qué?

—Por su argumento, y usted lo debe conocer.

—No, no lo conozco.

—Hemos establecido que usted y Verónica hablaban de su trabajo profesional.

—Pero ella nunca me habló de esa novela, «Los *gánsters* mueren también».

—Pudo hacerlo y, entonces usted también estaría en peligro.

—¿Pretende asustarme?

—Sí.

—Pues no lo ha conseguido. Y la razón es sencilla, señor Morris. Yo ignoro todo lo que se refiere a esa novela.

—Le voy a contar el argumento.

Le conté la historia del *gangster* deportado que regresaba a los Estados Unidos con otra cara y otra personalidad.

Cuando hube terminado, Anderson sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No gane tiempo, Anderson. Estoy esperando su respuesta. ¿Conocía o no conocía esa historia?

—¡Le he dicho que no!

—Es usted un estúpido si pretende engañarme. He recibido una oferta de cinco mil dólares para que me esté quieto y me marche a Miami. La rechacé. Y si ellos llegan a la conclusión de que usted sabe algo de la historia, no vacilarán en retirarlo de la circulación, como hicieron con Spencer Lewis.

Anderson se puso en pie.

—Le daré mi contestación definitiva, señor Morris. ¡Déjeme en paz!

Se dirigió hacia la puerta, pero lo detuve en el camino cogiéndolo por el brazo.

—Suelte esa mano, Morris. Ya me estoy cansando de usted y no quisiera hacerle daño.

—¿Y cómo me lo iba a hacer, Anderson?

—Rompiéndole la boca. De esa forma entenderá que, cuando yo digo que me dejen en paz, hablo en serio.

—Inténtelo.

Me lanzó el puño izquierdo a la cara. Yo salté a un lado y le pegué en su bocaza.

Cayó sobre los cuartos traseros. Su labio estaba partido, echando sangre.

Sus ojos se llenaron de furia.

—¡Maldito! ¡Le voy a hacer pedazos!

Se levantó y corrió hacia mí con la idea de trocearme.

Le pegué un golpe seco deteniéndole, y luego le casqué la mandíbula.

Dio un buen salto, aunque no habría ganado ni siquiera una

medalla de bronce en la Olimpiada porque era un tipo muy pesado. Pero fue suficiente para que perdiese todas las ganas de seguir la pelea. Se levantó de nuevo y apoyóse en la pared.

—¿Quiere más? —le pregunté.

No dijo nada. Estaba pensando la respuesta. Seguía siendo lento.

—Es usted basura, Morris.

—Para ser guionista es poco original. Eso lo dicen los desgraciados que buscan comida en los callejones. ¿Qué le pasa, Anderson? ¿Ya perdió todas sus facultades? ¿Le digo el motivo? Apuesto a que lo debe todo a Verónica Clifford. Usted me dijo que entró en Hollywood adaptando una novela de Verónica. La idea era de Verónica y seguro que era lo único que valía. Y si algunos diálogos eran buenos, también se debieron a Verónica. En Hollywood, usted se siguió apoyando en ella y por eso buscó su amistad. Usted no podía prescindir de Verónica, porque de entre los dos, era ella quien tenía el talento. Sólo puedo reconocer una cosa, que admitió la ayuda de Verónica al decir que ella, con sus novelas, hacía un trabajo difícil, pero a usted le agradaba eso porque de esa forma Verónica no podía eclipsarle a usted como guionista. Ande, Anderson, confíeselo. Confíese que, sin Verónica Clifford, usted nunca hubiese llegado a ser lo que es.

Se limpió la sangre con el pañuelo.

—De acuerdo, Morris, ella me ayudó mucho.

—¡Ella lo hizo todo!

—¡No maldita sea! ¡No lo hizo todo! Verónica tenía más talento que yo, pero carecía de otras cualidades.

—¿Qué cualidades posee usted para triunfar?

—Soy audaz. Verónica no lo era. En este mundo del cine hay que ser atrevido, correr riesgos, y Verónica no estaba dispuesta a arriesgar nada. Uno debe decir que es el mejor. Sí, lo debe repetir tantas veces como sean necesarias, y llega un momento en que algunas personas importantes te oreen.

—¿Y en quién se va a apoyar ahora que no está Verónica?

—Tengo el camino hecho. Mi fama es suficiente para seguir adelante haciendo guiones.

—Volvamos a la novela.

—No sabía nada acerca de ella.

—Ha llegado el momento de que lo suelte todo, Anderson.

Escúpalo o escupirá dientes. Elija. No puedo demorarme un minuto más.

Sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, lo sabía. Conocía el argumento de esa novela, «Los *gangsters* mueren también», Verónica me lo contó. Le dije que iba a cometer una locura. Se basaba en un hecho real. Iba a poner en peligro su vida.

—¿Quién era el deportado?

—No se lo diré.

—Luigi Fracheti.

Hizo un gesto de asombro.

—¿Cómo lo sabe, Morris? Verónica enmascaró el personaje con otro nombre. Ricardo Lampi.

—Sí, pero yo hice mi trabajo.

—Si lo sabe, no hace falta que continuemos hablando.

—Todo lo contrario, James. No me ha informado de la cuestión más importante. ¿Quién le contó a Verónica la historia de Luigi Fracheti?

Se pasó otra vez el pañuelo por los labios.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no se da por satisfecho?

—¿Quién fue el confidente de Verónica?

—De todas formas no lo encontrará nunca.

—¿Por qué no?

—El confidente de Verónica le sacó dos mil dólares por su historia. Pensaba marcharse al Brasil. Ya debe estar allí.

—Su nombre.

—Robert Curtis.

—¿Cuál es la dirección de Robert Curtis en Los Ángeles?

—Le he dicho que no lo encontrará.

—Dígame la dirección.

—Vive en el Monte Faron, más allá del Cañón Laurel.

Conocía el Monte Faron. Allí vivían muchos *hippies* y falsos profetas.

Eché a andar hacia la puerta.

—¡Morris!

Volví la cabeza y el guionista siguió hablando.

—Yo no le he dicho nada, ¿lo entiende? ¡No le he dicho nada! Quiero conservar la piel. Le advertí a Verónica que iba a dar un mal

paso. Ella tenía suficiente imaginación para inventar una historia que fuese buena, sin necesidad de basarse en un hecho real. Pero no me hizo ningún caso y ya lo ve. Ha ido a parar a la Morgue. ¡Y usted también irá a parar a la Morgue!

—Ya veremos.

—Suponiendo que no lo maten, no trate de mezclarme en esto. Negaré haberle dicho cualquier cosa. ¡No me incluya como testigo porque me negaré a colaborar!

—Es usted un maldito cobarde. Verónica le ayudó a ser un personaje de Hollywood y, lo menos que le debe es gratitud. Asesinaron a Verónica y usted debería sentirse satisfecho por ayudar a identificar a sus asesinos. Pero si no lo hace por las buenas, le juro que lo hará por las malas.

Salí de la habitación.

Magda Stiller había encontrado sustituto, y también lo había encontrado la rubia platino llamada Edith, pero yo no había ido allí para divertirme con las chicas monas.

Salí por el portón y el guardián que cobraba quinientos dólares por su sesión perruna, me miró asombrado.

—Eh, usted, ¿cómo entró?

—Ya se lo dije. Soy del equipo de Darryl Zanuck. Pero me faltó agregar que estoy en los efectos especiales. Ya sabe, de los que utilizan la dinamita para abrirse paso.

Lo dejé con la boca abierta y continué el camino hacia el lugar donde había dejado el auto.

CAPÍTULO XII

Los *hippies* del Monte Faron estaban celebrando una de sus fiestas.

Había como un par de docenas de ellos alrededor de una fogata y entonaban cánticos de amor y de paz.

Los muchachos y las muchachas se besaban, pero eran besos puros, en las mejillas y en la frente.

Un tipo alto, con larga melena y, con un medallón que le colgaba del cuello, se acercó a mí.

—Puede participar en la fiesta, hermano.

—No, gracias. Ahora no tengo tiempo. Vine buscando al hermano Robert Curtis.

—¿Robert Curtis? No, no es de los nuestros.

—Me dijeron que vive aquí.

—Sí, vive en el Monte y, de vez en cuando, hablamos con él, pero no es de los nuestros.

—¿Cuál es su choza?

—La que está al final junto al precipicio.

Le di las gracias y el muchacho se fue para continuar la fiesta.

Yo caminé hacia la cabaña de Robert Curtis.

Una sombra surgió por detrás de mí, y cuando logré volverme, un tipo me estaba apuntando con una pistola.

—Hola, hermano —me dijo.

—Que la paz sea contigo —le contesté.

—Yo te voy a dar a ti la paz con un obús del 38.

—Soy *hippie*, hermano.

—Tú eres un perro sarnoso que se mete donde no debe.

Era un diálogo muy pacífico.

—Entra en la cabaña —me ordenó.

La puerta estaba entreabierta.

Pasé al interior.

Allí había otro hermano con pistola y un tercer hombre que se movía en el suelo, quejándose.

—¿Curtis? —pregunté.

El tipo del suelo abrió los ojos.

—¿Quién es usted?

—Alan Morris.

—Me han pegado y me han roto las costillas. Un doctor...
¡Quiero un doctor, señor Morris!...

El sujeto que me había sorprendido fuera de la cabaña se echó a reír.

—Morris, debería ser usted doctor.

—Es una buena idea. Ahora mismo me marchó a la Universidad para estudiar Medicina.

Fui hacia la puerta y el tipo con pistola que no había hablado, dijo:

—Un paso más y te parto la espina dorsal.

No di aquel paso porque quería conservar intacto mi esqueleto. Soy así de optimista.

—Hermanos —dije—, todavía hay una solución para nuestro problema. Voy a aceptar los cinco mil dólares que vuestro jefe me ofreció y me iré a Miami.

Los dos fulanos, con pistola, se miraron y el que me había cazado, dijo sonriéndome:

—Vamos a ahorrar los cinco mil dólares al patrón.

—Eso no estaría nada bien.

—Somos así de eficientes.

No dudé que los fulanos me iban a hacer un relleno de plomo y luego acabarían de matar a Curtis. Naturalmente, le habían soltado una paliza para saber a cuántas personas había soplado su secreto. Y yo había llegado justo en ese momento. Siempre he sido un tipo oportuno.

—Curtis —dije—, usted y yo vamos a hacer una promesa, la de no decir nada a nadie de Luigi Fracheti ¿no es verdad? —Me incliné al mismo tiempo sobre Curtis para distraer a los dos verdugos.

Curtis respondió:

—No, juro que no diré nada a nadie.

Los dos asesinos rieron el chiste.

Había una silla por medio y le pegué un puntapié mandándola

sobre uno de los fulanos.

Luego me dejé caer en el suelo mientras mi mano buscaba la pistola que guardaba en el bolsillo.

La silla golpeó contra uno de los sujetos.

El otro disparó, pero lo hizo con mala puntería.

Yo apreté el gatillo de la pistola y el individuo que había disparado recibió la bala en la cabeza.

El que había chocado contra la silla quiso participar en aquel concurso de tiro al blanco, pero yo no lo dejé, y le envié una bala que se le enterró en el pecho. Cayó hacia atrás.

Ninguno de los dos fulanos se movió. Estaban tan muertos como mi tatarabuelo.

Curtis gemía porque había llegado su última hora, Me acerqué a él.

—Abra los ojos, Curtis. Somos libres.

Curtis abrió los ojos y al ver los dos cadáveres exclamó:

—Dios mío, ahora ya no tendrá salvación, señor Morris. Le perseguirán como a una alimaña.

—Vendrá conmigo. Yo lo cuidaré.

—No puedo ir a ninguna parte. Estos tipos me reventaron.

Arrojó un chorro de sangre por la boca. Estaba moribundo.

—Curtis, ¿de dónde sacó la historia de Luigi Fracheti?

Señaló los cadáveres.

—Yo era amigo de ellos.

—¿Quiénes eran?

—Michel Simmons y Frank Sutton. Ellos mataron a Douglas Trumper, para que Luigi Fracheti pudiese ocupar su personalidad.

—¿Quién era Douglas Trumper?

—Un agente de seguros. Era viudo y no tenía familia. Iba de un lado a otro, por los estados del Medio Oeste. Nadie iba a notar su ausencia.

—¿Y dónde está ahora Douglas Trumper?

—Aquí.

—De modo que Luigi Fracheti está en Los Ángeles.

—Ha montado una oficina de seguros. Boulevard de Santa Mónica 1212. Pero no haga nada. Lo mataran. Morris.

—Usted cobró dos mil dólares de Verónica por sí historia.

—Sí.

—¿Por qué no se marchó a Brasil?

—Fue la ambición. Pensé sacar más dinero. Ya sabe.

—Quería chantajear a Luigi Fracheti. Lo intentó y le mandaron los dos matones.

—Así fue, señor Morris. Cometí un grave error y me lo han hecho pagar.

—No se preocupe, Curtis. Ahora voy a llamar a un doctor.

—Ya no hace falta ningún doctor. No haga nada, señor Morris. Nadie puede contra un hombre como Luigi Fracheti. Quise decir contra Douglas Trumper porque ahora Luigi Fracheti es Douglas Trumper.

Arrojó otra bocanada de sangre y se quedó inmóvil.

Me levanté dando un suspiro.

Nadie había oído los disparos porque los *hippies* estaban cantando fuerte y tocando sus instrumentos. Podía salir de allí tranquilamente, aunque dejaba en la cabaña tres cadáveres.

Pasé otra vez junto a los *hippies* y el muchacho de antes me habló:

—¿No se une ahora a nosotros?

—No, gracias.

—Debería escuchar nuestra canción contra la violencia.

—Yo también aborrezco la violencia —dije y me despedí con la mano.

No podía volver a mi apartamento porque estaba seguro de que recibiría una visita de alguien con la misión de meterme en una fosa.

Para esos casos tengo un hotel. Está dirigido por Ruth Lancaster, una simpática rubia de cincuenta años.

Al verme entrar en su negocio, dijo:

—No quiero ni verte, Alan Morris.

—Parece mentira, con lo que yo te quiero.

—¿Tú quererme? Cada vez que apareces es porque te has metido en un lío. La última vez tuve que empapelar tu habitación porque me la destrozaron con las balas y a silletazos.

—Fue una pelea bastante correcta. Sólo tuve que defenderme contra cuatro tipos que querían convertirme en mermelada.

—Y ahora serán otros cuatro los que vengan siguiéndote.

—Me aseguré bien de que nadie venía a mis talones.

—Oye, Alan, hay muchos hoteles en la ciudad. ¿Por qué no eliges otro refugio?

—Porque ningún hotel de la ciudad está dirigido por una mujer tan guapa como tú.

—Podrías casarte. Así tendrías tu propio hogar para organizar tus peleas.

—El día que me case serás la primera en saberlo porque yo no me puedo casar con nadie que no seas tú.

—Halaga a tu abuela, maldito sabueso.

Logré mi habitación, aunque tardé un par de horas en conciliar el sueño. No quise despertar a Paula para contarle lo que estaba pasando. Era mejor que no lo supiese. Si terminaban por untarme con plomo, a ella también la destinarían una buena ración y, no sabiendo nada, tenía posibilidad de escape.

Desperté a las siete de la mañana y me dispuse a ir en busca de Luigi Fracheti, el hombre que había venido de Italia para seguir dirigiendo el Sindicato del Crimen bajo la personalidad de Douglas Trumper, un inocente vendedor de seguros.

CAPÍTULO XIII

Entré en el edificio número 1212 del Boulevard da Santa Mónica que estaba destinado a oficinas.

En un enorme tablero se indicaban los inquilinos El apartamento 74 correspondía a Douglas Trumper, Seguros Generales.

Subí en el ascensor con otras personas.

Abandoné la jaula en la planta quinta y caminé por un ancho corredor hasta el apartamento 74. En la puerta leí otra vez aquel nombre: «Douglas Trumper, Seguros Generales».

Empujé la puerta y entré.

Dos empleadas estaban haciendo su trabajo, una en la máquina y la otra escribiendo con un bolígrafo en un papel.

—Buenos días —dije con alegría.

Las dos levantaron la cara.

Eran muy monas. Una rubia y otra pelirroja.

—Buenos días —me contestaron sonriéndome también.

—Quiero ver al señor Trumper.

—Su nombre por favor —habló la rubia.

—Nicodemus Teolopopulus.

—¿Griego?

—Por vía materna y paterna, pero yo me he hecho americano, aunque algunos dicen que tengo pintas.

Ellas rieron y yo también reí. Era un día para reírse.

—¿El motivo de su visita, señor Teolo...?

—Teolopopulus —ayudé a la guapa y, tras un suspiro agregué—: Un seguro de medio millón de dólares.

Me miraron con respeto y yo sonreí otra vez.

—Me dedico a la exportación de grano, ya saben, toneladas y toneladas.

—¿Puede esperar un momento? —dijo la rubia levantándose.

—Desde luego.

Ella desapareció por una puerta del fondo y yo encendí un cigarrillo.

La pelirroja seguía sonriéndome.

—¿Soltero, señor Teolopolulus?

—Casado y con doce hijos.

—Caramba.

—En mi familia hemos sido muy productivos. A mi abuelo le llamaban el Semental.

—Pues eran un rato brutos en su pueblo.

—Es lo que dije yo cuando conocí a mi abuelo.

La rubia salió interrumpiendo aquella inspirada conversación.

—Pase, señor Teolopolulus. El señor Trumper lo está esperando.

Entré en una oficina hermosamente decorada con hermosos sillones, un hermoso sofá y hermosas estanterías.

Lo único que no resultaba hermoso era el tipo que estaba detrás de la mesa. Podía tener sesenta años, con nariz aguileña y ojos un poco hundidos.

Sonrió mientras me señalaba un sillón.

—Encantado de conocerlo, señor Teolopolulus.

—Lo mismo digo, señor Trumper.

La rubia salió de la oficina.

Eché una ojeada a mi alrededor.

—¿Está confortable, señor Teolopolulus?

—Desde luego —le sonreí mirándole a los ojos.

—Entonces, si le parece, vayamos al negocio.

—Eso es, señor Trumper, el negocio —me incliné sobre la mesa y saqué una fotografía que Leo me había dado media hora antes porque yo había pasado por la redacción del *Star* antes de ir allí.

Era la fotografía de Luigi Fracheti, que no se parecía en nada al Trumper que yo tenía delante, porque Fracheti tenía las facciones redondas y las de Trumper eran alargadas.

—Estoy buscando a este hombre —le tiré la fotografía sobre la carpeta.

Trumper cogió la fotografía, le echó una ojeada y luego me miró a mí.

—Mi secretaria me dijo que íbamos a hablar de granos.

—Los únicos granos que yo he tenido han sido producto de una urticaria por comer mariscos en mal estado, en compañía de una

chica que estaba en muy buen estado.

Trumper estaba tan serio como si se hubiese tragado un arenque y pensé que también a él le iba a dar la urticaria.

—¿Qué es lo que pretende, señor Morris?

—Olvidó pronto el Teolopopulus.

—No tuvo ninguna gracia. Sabía que era usted.

Miré otra vez a mi alrededor. Seguíamos estando solos.

—Señor Fracheti utilizó un buen truco.

—Gracias.

—Pero nunca debió pensar que le iba a salir bien.

—¿Por qué no?

—Yo diría que su cambio de personalidad costó demasiadas vidas. Primero se tuvo que cargar a Trumper luego a Verónica Clifford, más tarde a Spencer Lewis y por último a Robert Curtis.

—Son pocas, teniendo en cuenta mi seguridad.

—De modo que desde aquí sigue dirigiendo su Sindicato del Crimen.

Esbozó una sonrisa.

—Una hermosa tapadera, ¿no le parece?

—Debió seguir en Italia, Fracheti.

—No opinamos lo mismo.

—¿Y cómo piensa arreglarlo ahora?

—Con dinero.

—¿Cinco mil dólares y un pasaje a Miami?

—Cincuenta mil dólares y un pasaje a Europa.

—¿Con cuchillada incluida?

—No, señor Morris, con usted sería distinto.

—¿Por qué distinto? Usted no viviría tranquilo si yo siguiese vivo. Me quiere enviar a Europa para que sus esbirros del Viejo Continente me den el castañazo.

—Se lo van a dar aquí.

Oí pasos. Ya no estábamos solos.

Dos tipos habían entrado por una puerta lateral. Uno era muy grandote y el otro muy flaco. Ambos se vestían bien. Naturalmente, formaban la guardia personal de Fracheti, alias Trumper, de profesión sus crímenes y la explotación del vicio a todos los niveles.

—¿Lo ve, señor Morris? —rió el jerarca de la Mafia—. Debió hacerme caso desde el principio y abandonar el asunto. Ahora

estaría en Miami bronceándose, en compañía de esas muñecas tan lindas que le pondrían bombones en la boca.

—No me gustan los bombones. Pero me gustan las muñecas.

—No va a tener una cosa ni otra.

—¿Sólo balas, Fracheti?

—Sólo balas, Morris.

Yo no había perdido el buen humor. ¿Por qué perderlo cuando uno tiene tantas vidas como un gato? Pero ellos iban a acabar con todas mis vidas.

«Maldita sea, Alan, ¿por qué te metiste en el avispero? Eres un fanfarrón, un tipo que piensa con los pies. Te van a meter más plomo que el que maneja un fontanero en un cuarto de baño».

Los dos matones se habían quedado tan quietos como estatuas. Era lo suyo. Esperar órdenes de su superior. Y allí estaba su superior, sonriéndome.

—Morris, es usted un tipo testarudo.

—En la familia de los Morris siempre los hubo. Es nuestro defecto.

Observé sus manos. Tenía quemadas las yemas de los dedos.

—Ha pensado en todo, ¿eh, Fracheti? Se hizo quemar los dedos para borrar sus huellas dactilares.

—Fue una desgracia. Yo estaba trabajando con ácido y ya lo ve.

—Eso se lo contará usted a quién quiera creerlo, Fracheti. Usted cambió de rostro, pero tenía sus huellas dactilares, las de Luigi Fracheti. Tenía que desembarazarse de esas yemas y se sometió también a un tratamiento para que nadie le pudiese seguir la pista.

—Lindo, ¿verdad? Usted me podría acusar de ser Luigi Fracheti, pero nunca lo podría demostrar.

—Entonces, ¿por qué mató, si se siente tan seguro?

—Verónica Clifford o Ross Coleman, como quiera llamarla, iba a publicar una novela con el argumento de mi jugada maestra. No lo podía permitir. Tarde o temprano, habrían sospechado.

—Pero usted acaba de decir que nunca podrían demostrar que usted era Fracheti.

—Pero habrían sometido a vigilancia la oficina. La placidez de que disfruto ahora se habría esfumado, y, tarde o temprano, mi cuello habría estado en peligro. No, no podía permitir que trascendiese mi cambio de personalidad.

—Así que, el soplón de Robert Curtis le contó lo que había hecho con su historia.

—Se la vendió a Verónica Clifford. Me informó para chantajearme el muy imbécil...

—Ya me di cuenta de que está usted muy satisfecho de sus asesinatos, señor Trumper.

—Y lo estaré más cuando usted haya desaparecido del mundo de los vivos.

—Le salió melodramático, ¿no le parece?

Ya no podía esperar más. Todo estaba dicho. Salté del sillón como impulsado por un cohete.

Elegí al grandote porque era el más fuerte, pero me equivoqué porque enseguida se demostró que el más fuerte era el flaco.

Pegué un puñetazo al que pesaba los cien kilos y al mismo tiempo caí con él porque yo llevaba demasiada fuerza, y eso me salvó la vida porque el flaco ya estaba haciendo funcionar su quitapenas.

La habitación se llenó de estampidos y el grandote empezó a llenarse de agujeros porque yo lo estaba utilizando como escudo.

Mi mano izquierda ya estaba ocupada apretando contra mí a los cien kilos de carne que el flacucho estaba convirtiendo en picadillo para albóndigas, y mi derecha sacó la pistola del bolsillo y también la puso en marcha.

El flacucho recibió una andanada y voló, golpeó contra la pared y se quedó allí como suspendido, porque estaba hecho un pingajo sanguinolento.

Entonces Luigi Fracheti quiso hacer su *show*. Tiró de un cajón y sacó una pistola.

—Malo, Luigi —dije y le metí una bala por su fea nariz.

Estropeé aquella operación de cirugía que le había hecho el doctor vienés, pero palabra que no lo sentí.

La nariz le voló dejándole un hueco muy feo, pero el tipo seguía vivo y ya tena el dedo en el gatillo.

Le mandé otro proyectil de mi cañón.

Luigi Fracheti sufrió nuevos y graves desperfectos en su cara. El plomo le arrancó medio pómulo, todo el ojo y un cuarto de ceja.

En fin, que lo dejé hecho un asco.

Se abrió la puerta lateral y empezaron a entrar tipos y yo me

encomendé a mis antepasados.

Pero, entonces, a mis espaldas rugieron pistolas y los tres tipos que habían entrado con las armas en la mano retrocedieron pegando aullidos de muerte.

Por fin se hizo un silencio y volví la cabeza.

Junto a la puerta estaba el teniente Fred Besser y el capitán Purdom, el perrero de Alvarado, y ambos tenían las pistolas humeantes.

Detrás de ellos apareció mi amigo Leo.

—¿Estás bien, Morris?

—Casi.

El perrero de Alvarado arrugó el hocico y señaló con su pistola al tipo que estaba en el sillón.

—¿Eso es Luigi Fracheti?

—Sí, Purdom —le contesté.

—Tendrá que probarlo.

—Tendrá que probarlo usted.

—¡Maldita sea, no le consiento que se salga con la suya, Morris!

—¿Qué le pasa, capitán? Le acabo de entregar un caso tan brillante como no lo habrá conseguido en su vida. Sólo tiene que investigar el pasado de Douglas Trumper. Viaje por el Medio Oeste y pregunte por Trumper a los que le conocieron. Al fin podrá llegar a la conclusión de que el verdadero Douglas Trumper nunca pudo dirigir desde aquí el Sindicato del Crimen.

El capitán Purdom tuvo más suerte de lo que cabía esperar. Encontró, a un matón de Luigi Fracheti dispuesto a hablar, y ese matón conocía el lugar donde habían enterrado al verdadero Douglas Trumper, y con ello el capitán Purdom se cubrió de gloria, aunque debo decir que mi amigo Leo me dio la mayor publicidad en el caso.

Yo estaba en mi sillón contemplando el techo, con un vaso de *whisky* en la mano, cuando sonó el teléfono.

—Alan Morris, investigador privado —dije.

—Señor Morris, soy Doris Connors, quiero darle las gracias por todo lo que hizo.

—No tuvo importancia.

—Le he mandado un talón por cinco mil dólares.

—Bien hecho.

—Y ahora le invito a mi boda con James Anderson Nos casamos esta tarde.

—Lo siento, Doris, no puedo ir, pero le deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias.

—Espero que alguna vez nos volvamos a ver.

—Pero que no se trate de un lío.

Se echó a reír y nos despedimos.

Entonces se abrió la puerta y Paula entró a paso de carga.

—¡Dinero!... ¡Mi dinero!

—¿Qué dinero?

—El talón que está por llegar... —señaló la puerta—. Estaba conectada la extensión y escuché.

—Espiendo, ¿eh?

—Con usted hay que andarse con cien ojos, cien manos, cien pies.

Le pegué un golpe en la mano y cayó justamente como yo quería, sentada sobre mis rodillas. Luego le di un beso, antes de que pudiese protestar.

—Paula, te invito a cenar.

—Pero me pagará.

—Claro que te pagaré.

—En efectivo.

—¿En efectivo?

Y aquel día nos fuimos a cenar después que llegó el talón y lo cobré en el Banco. Pero no conté con algo, con los papeles que Paula llevaba en el bolso. Sí, hermano, ya sabe a qué clase de papeles me refiero. A los de casarse. Y la muy astuta de Paula esperó a que yo me bebiese una botella de champaña y aquí me tiene ahora, sentado en un sillón y con una secretaria que me elige a las clientes, y, ¿saben por qué? Porque además de mi esposa, sigue siendo mi secretaria.

Qué vida perra.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

